

Antología poética

ÍNDICE

La célula infinita

[Yo soy aquel esperma]
[Allí estoy, proyectada en la luna]
[Ahora soy consciente que la vida]
[Las manos son tan duras]
[Miramos tantas veces y no vemos]
[A veces las aceras están llenas de muertos]
[Tras el amor sexual hay un vacío]

Cantábile para cuerda enamorada

Cuerda enamorada
Khalil
El nombre
Versículos
El dulce lazo
Amada

Casacripta

Cripta
[Por un silencio mágico]
Paseo en solitario de nona a víspera
Calle 1
Calle 4
Calle 7
Patio de Albaida
[Hay granos de azahar en el limón de Albaida]
[Venía con los hombros lavados]

Tótem

Andante con moto
Antífona
Motete
Nana
Impromptu
Crescendo
Cantábile
Canon
Blues
Pavana

Sonetos de Catula

So-meto de repente

La doncella cincelada

Por la persecución de la doncella
La doncella del aire
Muelle de la paja
Tartessos
Barrio de Adriano en Itálica (Hispalis)
Extrarradios
Canto de la Sibila
La Sibila encuentra sus manos y las manos usadas de la ciudad
La purificación de la Sibila
La Sibila ve sus manos a través del sueño
Declaración de la Sibila
La Sibila desvela la conciencia de la ciudad

Cuarto de los humildes

Mi tía abuela Andrea Carriedo
Retrato de mi padre
Mis tíos Jerónimo y Agustina enamorados con un tango
A media luz
Historia de un amor interminable
Desayuno con picatostes
Concepción de la Santísima Trinidad
La última cena
De Gravina a Santa Cecilia
Empecinamiento

Tenebrario (o Puerta del Norte)

Introducción a una historia memorable
Vara de la virtud para resucitar a alguien...
El camino de Rosa es celeste
Castelo da Pena
Saleta
Cita
Una niña viaja en coche de caballo
El mal agüero
El suicidio
La visión
Examinando el Cordero Místico
El animal Set
Autorretrato

Juan-Juan

A un poeta recién casado
Saber volar
Un hombre junto al Hudson
Las cosas viejas
Inventario

Puerto de Muros
La nueva Cenicienta
Desayuno sin diamantes
Confesión

Perfecto amor

La víscera de cristal
Horario de oficina
Una medida de alcohol ruin
Concierto a las once de la mañana para señora que escribe a máquina
La poesía viaja en la ley de la calle
Truman piensa en Audrey
Margarita Cansino
Una cucharada al día
La estética
Las gafas
Sentencia
El hurto
Comunión

Monólogos con la SE 30

[Tu boca era como el melocotón maduro...]
[La maldad de Blanca Nieves es que avanzan...]
[Recuerda que quiso ser la única hermosura]
[La señora Guermantes se quita la bata pintada por Fortuny...]
[Si Dios me concediera escoger alguna fruslería...]
[Ella te lleva a todas partes...]
[Él sueña con osos que están protegidos...]
[Alguien dijo que aquella niña se parecía...]
[Siempre supe que un hijo...]

El color de la sangre de las princesas

Hijos de un Dios mayor
Las confabulaciones
[Su sangre, os hablo de las princesas arruinadas...]
[La cantora había ejecutado unas seguiriyas...]
[Ah, también está la pobre desmontable...]
[Nunca quería despertar del todo...]
Olor a Rosa
[No sería mala cosa la de hacer el amor...]
[Yo no vi que tuvieras las uñas de hojalata...]
[¡Ah!, mi carne de gallina...]
[Ahora creerán que no he sido la chica de Batman...]

Gata mamá

Error de cálculo
La invitada
Contrición

Pretérito perfecto
Igual que la muchacha sánscrita
Memoria
San Pedro Mártir de Verona
Desde el espejo
La caja de carne de membrillo
Tener paciencia
Oración de niña de trece años
Fabricación de la ternura

Hiel de abeja

Azotea
La caja de lápices Alpinos
La bata larga
Descubrir la guerra
Breviario de silencio
Heterodoxia

Los campos de Dios

[Fragmento 1]
[Fragmento 2]
[Fragmento 3]
[Fragmento 4]
[Fragmento 5]

Esperando a Grenouille

[Inédito]

Preludio para invierno
[Qué lejos yo de esa mujer]
[En la modosa chaqueta de garras de astracán]
[Voy del Moscova al Neva]
[Y recuerdo a los ancianos esteparios]
[Y con sangre fría]
[Por eso voy a cerrar los ojos, para moverme]

La célula infinita

[Yo soy aquel esperma]

Yo soy aquel esperma
que ganó la batalla
y el óvulo fue mío.

Allí se congregaban
mis hermanos de orígenes
cuando yo, incipiente persona,
fuera Caín remoto
de millares de Abel.

Mi crimen concluyó.
De una sangre incolora
se mancharon mis manos
para poder ser forma.

[Allí estoy, proyectada en la luna]

Allí estoy, proyectada en la luna
de mi cuenta hacia atrás:
pero ya no soy yo o yo no soy ahora.
Soy una extraña mía con una risa intacta,
con una piel intacta. Confiadamente nueva
y pisando los pecados capitales.

Y allí me dejo hoy. Me dejo.
Me hago peregrina de mi acervo interior
y me recorro, me hurgo y aprendo a conocerme,
a sacarme a la luz.

Y bajo la renuncia diaria y las claudicaciones
me he dado muerte pero me he nacido.

[Ahora soy consciente que la vida]

Ahora soy consciente que la vida
por cada cosa que me daba
se llevaba consigo un epitelio
y, pronta, me dejaba en otro andén
cual tosca transmutación
esperando otro tren y siempre otro.
Cargándome mi hoy con el mañana,
inútil mercancía en el regazo,
bocado indigerible y siempre duro,
pero siempre en mi mano de mendigo de tiempo.

[Las manos son tan duras]

Las manos son tan duras,
que puedes golpearlas
por lustros o por siglos
y allí estarán de nuevo
cortando la pirita.

Reventarán tu cuerpo,
se acostarán contigo,
y cogerán tu fruta
cuando acaso seas árbol.

[Miramos tantas veces y no vemos]

Miramos tantas veces y no vemos
y vemos tantas veces sin mirarnos,
que es la visión una mácula opaca,
un círculo engañado.

Sin rozar lo interior el ojo sueña,
palpa, desvaría imprecisamente
en bultos, se congrega entre sombras.
Luz inmadura
que en vuelo se remonta,
para caer en transparencia oblicua
sobre un montón de inopinadas formas.

[A veces las aceras están llenas de muertos]

A veces las aceras están llenas de muertos.
De muertos con chaquetas y portafolios.
De muertos con cestas de la compra y niños de la mano.
De muertos que cruzan pasos cebras, leen periódicos,
firman nóminas, piden un corto de café,
toman píldoras para el neurovegetativo
y hablan, hablan, hablan, y a veces como variante
estricto y para descansar, escuchan pero no se enteran.

Entonces una calle cualquiera te puede conducir
por el embudo de Dante a la raíz del escalofrío más atroz
hasta helarte las manos que les das a tus hijos.

A no ser que tu otra de a pie abdique
de la lágrima o de la esquizofrenia,
se beba la cerveza y la pastilla a tiempo,
se ponga el maquillaje, y en fin, sigas andando.

[Tras el amor sexual hay un vacío]

Tras el amor sexual hay un vacío,
un abismo entre cuerpos aliados
que desnudos viajaron y se dieron
en la complicidad de dos orgasmos.
Tras el amor sexual hay un vacío
de alma. Un agrisulce amargo
de mieles derramadas, concluidas
por plenitud de besos marchitados.
Y en la penumbra, triste y taciturno
mi espíritu —herido imaginario—
rebusca la caricia que no tenga
cenizas en el dorso de la mano.

Cantábile para cuerda enamorada

Cuerda enamorada

Y yo sería de Khalil, de quién si no.
Desde el vientre materno ya era de Khalil.
Se midieron edades, familias y fortunas,
y *Khalil* era mío tan de siempre
que su amor se me hizo
hermandad en la carne.

Khalil, hermano, un día comenzaste
a mirarme distinto. Tus ojos
fueron luz a punto de incendiarse
y yo te sentí lejos, a mi lado y tan lejos...

Recuerdo que llovía esa tarde en *Hasrun*.

Khalil

Khalil,
¿a qué me hablas de amor,
si me hallé desposada de improviso
en los ojos de un hombre?

¿A qué viene tu amor
lamiendo esta pobreza
que ya ofrezco?

¿No ves que ni un cabello
me pertenece ya,
que se han ido mis uñas y mis labios?

¿A qué vienes? Si soy
un desamor de sombra por tu frente
salpicando tu nombre de ruina.

El nombre

Me besaron los labios las letras de su nombre
y las acurruqué en el corazón
hasta embriagarme.

—Omar bey.

Sonó como un balido.
Como una herida dulce
de sílabas abiertas en mi cuello.

Versículos

1

Ven, pero ven sin palabras
amigo de la tarde,
como un arcángel nuevo
que taladra la frente.
Ven sin surco y sin poma,
con una cicatriz
de luz entre los ojos.

2

Ven, amigo. Ya tengo
los ojos estrenados,
restregados por toda
la yerba primeriza.
Ven amigo, hay un canto
felino y sugerente
que sube por la savia
de la luz entreabierta.

3

Ven
y orémonos desnudos
porque ha llegado el tiempo
de abandonar los cánones,
de sentirnos de pronto
como exiliados dioses,
que un día desertaron
de aquella enmohecida
babel de la palabra.

El dulce lazo

El brazo del amado
una inmensa liana,
una ajorca de espuma.

Amada

Cuando me dice ¡Amada!, ¿acaso tú no sueñas con barro de canela
ni con almendros níveos en los claros febreros?

Y yo trenzo los ojos y me muerdo los labios
en un silencio intenso de rubores.

Casacripta

Perché dai morti veniamo,
perché ai morti torniamo
e i morti sono in te.

Antonia Pozzi

Quedaré reducido a cenizas:
y los que vengan leerán en ellas.

Torcuato Tasso

Aquello que vivamos en sueños, siempre
que lo vivamos con frecuencia,
pertenece, al fin y al cabo, a la totalidad
de nuestra alma, como cualquier otra
cosa realmente vivida.

Nietzsche

Cripta

Nadie le puso nombre a la derrota
que sus pies hostigaban. Iba y jamás se vino.
No quería volver porque el amor
le había crecido en los cabellos
y un día descubrió que se llamaba Isolda.
Isolda, ¡qué extrañeza!,
cuando dentro de la fotografía
ella estaba vestida con traje de colegio
y llevaba no sé si ramos de libertad entre las manos
o una trampa de cazar alegría.

Algo fue y no tangible. Algo como de roce.
Como de espera.

Algo que no pronuncia ni aun delante
de los sillones vacíos.

[Por un silencio mágico]

Por un silencio mágico
donde los remos turbios
de sus pasos discurren:
Duro se ha venido.
Lo sé
porque las manos se me duermen de luz
y este momento tiene
mil rosas masticadas.

(La calle de los muertos
es toda ella
de un silencio apretado).

Paseo en solitario de nona a víspera

El camino y el día huyen de nosotros, como una embriaguez. Y coronada de un sagrado follaje la ciudad ilustre eleva su cabeza de sacerdotisa, allí, resplandeciente.

Friedrich Hölderlin

¿Veis esa vena abierta, esa hemorragia añil
que entra a la ciudad saltando sus murallas?

Es
una conflagración que me salpica,
que me hiere y me cae.

Por la piedra va degollado todo
el lapislázuli y todos los pretilos
se empapan en su sangre.

(Y acorralado y yertoazul de asombro
en mi pecho se esconde el homicidio).

Calle 1

También era la muerte
una bella dalmática.
Una barroca espalda
doradamente viva.

Calle 4

Tengo a la soledad como regalo,
no como vicio, no como derrota.

Calle 7

Sonaba bajo el sol a laberinto,
a claridad bebiéndose la ira,
a golpe, a mineral.

Sonaba por sí sola
desprendida
de sus poseedores
llenándose de formas.

(La voz
es un diamante
que gubia
la palabra).

Patio de Albaida

Me dije:

Hoy la dama de noche huele a lujuria.

Restalla su olor cálido sobre el frío oscurear.

Me repetí que la noche olía a lujuria
y podía estar prohibida por alguien.

[Hay granos de azahar en el limón de Albaida]

Hay granos de azahar en el limón de Albaida.
Hay violetas abiertas en los arriates de Albaida.
Las lechuzas llorarán como niños perdidos, en Albaida.

Mas la cortina aquí es un preámbulo de muerte,
una premonición de muerte y encaje.

He de ir a la grieta de la mar
a saltar nueve olas o nueve paraísos.
A tentar el bulto del destino
con la cerbatana del viento,
con el delantal de las brujas
y la barriga de los sapos.

Voy
porque voy caída
en los cojines de avispa de la noche.

[Venía con los hombros lavados]

Venía con los hombros lavados,
con la risa lavada en las espumas.
Venía toda de mar, toda de gotas. Toda.

Venía de la tarde y era la tarde misma.
Por el sol era rosa, rosa y malva silueta.
Sobre la roca, liquen
y oscura soledad sobre el ocaso.

Venía de la tierra y sus ojos cogieron
el color de la turba, de la raíz,
de la humedad,
del humo.
Venía de la tierra y su boca portaba
la migaja de pan de los pájaros chicos.

Venía de la noche y era toda de miedo,
era toda de hueso,
de cal,
de laberinto.
Venía
por un hilo de luna
de la espírita yema de la noche.

Venía
y se cayó de bruces en la yerba
y se arañó la voz en el arado,
y la besaron belfos y luminarias
porque venía
de la vida.

Tótem

Al Sur, a mi hija.

Yo no elegí el amor, sino que estaba
escrito y decretado.

Ben Sahl

Como segunda metáfora diremos
que, aun queriendo, nada es infinito.

José M.^a Delgado

Andante con moto

Húmeda llega por la noche
y acometida por pájaros de hilo,
por jardines de hilo que disfrutan
su latido incipiente, su calentura frágil.

Es pequeña la diosa.
Apenas si es el vuelo de una paloma oscura.
Una cascada blonda de cabellos bellísimos
que circundan sus hombros como víboras chicas.

Antífona

Pequeña dama tú sin uñas, sin anillos,
sin nada que no sea ese solo de ti.

Viene y va en tu mirada, diluido
el llanto que no cesa sosteniendo
tu boca malva y blanca. Y en el confin
del blanco, tu cuello:
desvaído mástil de la blancura.

Motete

Quién quiso contenerla en mitad de los brazos,
si es paloma que anida en las cárcavas altas
y nunca hizo de miel su combustible.

Paloma oscura es y danza herida.
Herida silenciosa que no enseña
con las alas abiertas de su sangre.

Nana

—Mas dejadla en mis brazos
sin que ella se dé cuenta, dejádmela
en los brazos como si fuera chica:
como el día primero que en el seno la tuve.

Impromptu

Ven tú, escanciador del vino, copero
de los vasos, ven con el vino y deja
la esperanza de la uva.

Aposéntate junto a la escalinata,
en el rellano que difumina
la sombra de la amada
y que aún se espesa con el boato
escurridizo de sus ropas.

Copero, cuántos grados de alerta
lleva el vaso maldito del amante,
cuando viene el carro de la angustia
lleno de los sayones exquisitos,
martiriólogos magos que ejercen
la sabiduría del dolor.

Copero,
cuántos grados que incólumes resistan
la sombra de esta noche.

Crescendo

Vendrán los asesinos y no acabarán nunca.

Vendrán los mil fetiches de las muchachas
a verterse en su vino
y se esparcirán en su garganta.

Pero él afilará las escaleras,
subirá por los internos habitáculos,
por las azoteas y los miradores
donde estuvo el nidal de la paloma.

Cantábile

Busca el amante el prolongado extremo
que sostuvo a la amada. Por eso va
al escueto sugerir de sus ropas
por si llegó a quedarse.

Mas desiste y se vuelve con su dolor de hombre,
mientras que abril se quita su faca de perfumes
y va la amada dentro.

Prendedor
de abril se hizo ya la amada.

Por las quintas y por las huertas
se subió hasta la fruta madura
y sazonó las puntas de los árboles.
Bajó por los regatos
hasta el plumón primero que sacuden los pollos.

A la noche
regresará en el leve abanico del frío.

Y le abre las ventanas por si acaso pasara
con sus mil pebeteros.

Canon

Pone color al viento
de corteza de pan,
de cálida mistela.

Un conato de campo
le rozó las mejillas
y es por eso que llega
con las flores
que luego distribuye.

Trae una guillotina de luz
que baja sin herirnos,
pues la siguieron
gusanos luminosos
o ráfagas de santos
cuando encendió la casa.

Blues

Qué poca cosa es detrás del humo.
Se acobarda y se achica, se guarda en los sillones
hasta ser solo humo. Qué pequeña se vuelve.
Y sin embargo es grande pues no cabe en la casa.

Como selva crecieron sus cabellos
para anidar los pájaros de cinco continentes,
por eso hay un sonido de quetzal
que viene con la música de toda Suramérica.

Surge de su camisa toda la furia interna de la pólvora
y le lloran por dentro niños abandonados.

¿Será del valsecito y de la Pacha Mama,
cuando lanza sus manos
distorsionando todo el animal del humo?

Pavana

Qué anárquica la veo
en todos los descuidos que la envuelven
cuando va descomponiéndose toda
y a su servicio lleva los atuendos.
Así debe de ser, esa es la clave
de su sola elegancia:
la exacta imperfección con que la usa.

¿Se vestirá con alas?

Acaso
no le imponga a sus manos otro hábito
que el de andar el espacio en condición alígera,
y así de hermosa, es como las garzas:
de los sacros paisajes, de la total frescura.

La veo descender. Siempre descende
como inmenso favor que nos hiciera
porque se llega innata,
como si siempre hubiera reposado en sí misma
reconstruyéndose.
Por eso ella tan firme, tan auténtica.

Así,
entre la contradanza de fingidos violines
ella se escapa, ella se me asfixia
porque vive en los ángulos repudiados de luces
dentro de la estatura de las gentes comunes,
laica entre las clausuras pero monja del llanto.

Misántropa la veo cortar los crisantemos
que llevará a su tumba
y quedarse en el fondo de sus pies para siempre.

Sonetos de Catula

So-meto de repente

Un capullo me ofreces, y al instante
lo contemplo rosado, firme y prieto,
catorce veces palpo y acometo
y él crece en vertical insinuante.

No hay regalo mejor para la amante
que celosa lo toma, con objeto
de someterlo a fondo y por completo
y hacerlo deseado y deseante.

Y, so-mételo al fin con ambas manos
con mimo de que el tallo no se encoja,
y en duro envite y perseguido antojo

en el fondo mejor de los arcanos,
el capullo más sabio se deshoja
y con gusto se queda mustio y flojo.

La doncella cincelada

A la antigua calle de Cantarranas

Yo soy el narciso de Sarón, un lirio de
los valles.

Eres amada mía, hermosa como Tirsa,
encantadora como Jerusalén (terrible
como escuadrón ordenado en batalla).

Cantar de los Cantares
(canto 2, v. 1; canto 5, v. 4)

Por la persecución de la doncella

Si yo pudiera cazar tu alma,
abrir el cofre que posee
el antiguo latir de tu memoria: juro
que soltaría todas las traillas
de los perros amaestrados
y los azuzaría contra ti,
doncella frágil.

Todos los mastines sedientos de tu sangre
irían detrás de tus tobillos. Y tú,
gacela, presurosa hija del rayo,
no sucumbirías fácilmente,
pues lobezna eres, brava eres
y paridora de bellísimas fieras.

Y así, hermosa, acorralada y huidiza,
mandarías a los espíritus de tu padre
para que quedáramos todos alobados,
desconcertados y perdidos por la luna
tras tu rastro que se deja ver, cuando rozas los besos
de los que amándose te velan. Y tú,
absorbiéndolos, pues, desmayándolos,
te denuncias y te escapas.

La doncella del aire

Digo
que tu alma sería
concebida en el viento de solano.

En el viento que desvela los ojos,
acecha sobre las lomas
y sobre las marismas y viene
como de las altas candelas de Venus.

El viento
que llega corneado desde antiguo
por los terribles toros de Gerión
y choca en los abrevaderos
su guerra naranja.

Su azufre tornasolado
que desahoga su brillo
en los bancales
y ordena los altares del sol
sobre la mies.

Muelle de la paja

Te he visto bajar a los puertos
como golfilla y aprendiz de ramera,
y pasear tu risa entre los arrumacos
que los hombres de la brega te aluden.

Hombres son y valientes
como portadores de la litera
de algún César. Ungidos de sudor,
sienten la cercana presencia de tus senos
y se llegan a ti con las bravatas,
el hálito del vino
y ese zafio lenguaje de la horda.

Desnudos de jubones y gorgueras.
Tan solo el calzón corto. Liada la faja
y cerca de la diestra
la afilada navaja dispuesta a la pericia.

Así, recorren tus murallas
con la moneda triste
para el rescoldo tibio de tu escote.

Tartessos

Arriba, en la colina de Tartessos,
hay un degollado caudillo
que levanta su copa preciosa.

Pero acaso, si remueves la tierra,
oirás pasar la sangre de las gentes comunes
que mueven las gramíneas y acarician
los belfos de las ganaderías.

Aquellos. Los que no usaron armas
e hicieron los alfares.
Los que amaron la vida y el sol.
Los del sexo y el vino.

Aquellos,
los que nunca valientes de oriflama
ni aguerridos ni osados.
Los que vieron la paz en las simientes
e inventaron la danza. Los primeros
paganos que hicieron libaciones
y crearon a Dios con las divinas
cenizas de sus padres:

esos que hacen las patrias y mueren sin saberlo.

Barrio de Adriano en Itálica (Hispalis)

Si imaginas los mármoles, los podios,
las casas palatinas, el amplio atrio
de rico pavimento, las polícromas
estancias de los duunviros
y el perfil de sus togas.

Las damas exquisitas
de rizos artesanos y dorados crinales.
El recamado borde de la palla
sobre el delgado peplo.
Las mejillas felices,
el alto seno y los desnudos brazos
sobre el rojo tapiz de los triclinios.
Las gemas de tesalia, los ajustados torques,
la copa etrusca, el perfumado vino.
La gula y la molicie de los ebrios banquetes.
(Lirones adobados y tetillas
de cerda en hidromiel. Las olorosas
frutas de la huerta del Betis
bajo las amarillas luces de las bujías).

Fue el Barrio de Adriano. Con sus templos,
sus cultos. El proscenio y las sillas curules
al servicio tan solo de la magnificencia.

Pero tú imagínate a aquellos
a los que nunca “les fue la tierra leve”.
Los que vivían desnudos de metales
frente a los continentes del oprobio.
Los que fueron trayendo en la conciencia
los estigmas de tantas dictaduras de los hombres.

Los otros, que vivieron bajo los peristilos.
Los que iban sintiendo en las clepsidras
la hacedora costumbre de sus lágrimas.

Esos que nunca se encontraron
en las nobles necrópolis.
Que no están acuñados. Que no tienen
inscripción lapidaria.

Que ostentan solamente,
el silencio de su cuerpo cansado entre la tierra.

Extrarradios

Salgamos de la ciudad por la puerta que no tuvo nombre.
Salgamos, pues, por donde iban los mendigos
para horadar un inflexible tiempo.

Salgamos por donde los leprosos
escondían los harapos en las úlceras
y lo perros famélicos ladraban a los niños del hambre.

Allí, sentados en su ocio, los borrachos bebían su miseria
fermentándola luego al hueco de la náusea.

Porque nunca la ciudad tuvo allí gallardetes,
ni antorchas, ni casullas, ni vetustos pendones;
ni banderas alígeras de arrebatados miedos.

Solo ese miedo sórdido, ese miedo cosido a bofetadas.
Ese único plañido de animales exangües.

Canto de la Sibila

Si en tu mano no vuelan
las cosas, los paisajes.

Si en tu mano te llora
el mundo y no lo sientes.

Si en tu mano resbalan,
patinan las estrellas:

Tu mano es la ficción
de sentir cinco dedos.

La Sibila encuentra sus manos y las manos usadas de la ciudad

Llegaron
cuando estaba en el vientre de mi madre
y las sentí crecer, crecer, crecerme.

Vinieron
cuando yo ya tenía cuentos y golosinas.
No las sentí,
tan solo vi sus ojos pasar entre las cosas,
su lengua de cometa bajar a los zapatos.

Entonces ya volvieron a mezclarse en el pan,
en los fonendoscopios y en las hostias,
en todos los rosarios y las reglas.

Volvieron a buscarme, porque era
la rebelión de las manos usadas
y pasaron el hueco de mi boca
como un inmenso sábalo
que nadaba hacia abajo de mi voz
hasta coger mi grito,
que, después, cosieron a sus frentes.

La purificación de la Sibila

He desnudado mis manos para que sean por sí solas.

Para que no vinieran a mi servicio
las despaché de mis antebrazos y ahora cuelgan
como animales ciegos que buscan la primula de la leche.

Así parten como un gesto
que no tiene moral ni recato ni orden.

No las induce nada, a no ser la intuición,
la vida misma.

La Sibila ve sus manos a través del sueño

Sobre los sueños
siempre fueron los seres más capaces.
Flotaban. Ahondaban.
Asían a turbios desconocidos
y tenían el raro privilegio de amar en un segundo
a todas las razas. Eran largas y finas
y no pesaban nunca. Las sentí como salto de leopardo
o precipicio o gruta: extrañísimas flores que volvían
de los camposantos de acariciar a muertos queridísimos.

Amaban al amor y le amaban sin palabras
y sin gestos. Eran apátridas que no sabían de siglas,
que no conmemoraban nunca nada,
que no dijeron nunca ni mío ni te quiero.

Solo formaban una masa telúrica que podía
incluso degollar sin hacer daño.
Ir delante de todos los demonios
y subir las escaleras del miedo.
Coger al rehén del miedo que era una flor hermosa
y deshojarla y comérsela. Devorar
hasta llegar a lo perfecto. Hasta ser lo perfecto,
lo absoluto. Llegar a la verdad
y a ese ligero instante de sentirla.

Declaración de la Sibila

(Cementerio civil de Sevilla, 1931)

No haré el poema azul de tus seres brillantes
porque no necesitarán jamás ningún poema,
solo querrán mis ojos y otros ojos
que adulen sus posturas, sus siluetas gráficas.

Quizá quiera traer el patrimonio
de un caballero rosacruz, que viaja
en un coche de muerto
con un solo caballo sin penacho,
mientras los seres brillantes
van a las escaleras de su casa
y la suben y bajan con asedio.

El hombre siempre tuvo voz de hombre.
Su voz era una escala por las frentes de todos.
El hombre tenía voz de polvo, de antigua materia
nutrida de la escucha
y hecha con la verdad de cada hombre.

Su voz sajada es y ha sido un acto
que abre los resortes de las gentes que aguardan
y van a sus conciencias hurgando incertidumbres.

Su voz llega a la mano que sostiene
el pasado de la fotografía.

La Sibila desvela la conciencia de la ciudad

Os digo
que ha sido sometida
a deambular por las ferias,
entregada a la voz de los mendigos.
Que, gustosa,
entregó su anular para las lenguas
de todas sus serpientes.

Que la he visto caer en sus infiernos
y es ella la muerta vaporosa que, pasando
por el sudor y el toro de las flautas,
dormita con Satán
y ensarta sus camellos
por el ojo siniestro de la aguja.

Que su frente
se ha hecho con la marca de Caín,
que la quijada de asno y la nitroglicerina
penden, pues, de su diestra
como fiel testimonio de la ira.
Que sus labios poseen el letargo
y la insomne vigilia
de la meretriz más difundida de la historia.

Y he querido gritar.
Decir de esta falacia y enseñarles
su cuerpo de mujer como una hostia.

Pero ella ha salido de todos sus espejos.
Bajó de las vidrieras, aventó sus ruinas,
destruyó sus aljamas, y loca
llegó por un turbio ruido de atamor
hasta el húmedo hocico de sus perros.

Cuarto de los humildes

*A mi hijo Juan, por todos los caballos
que le debo*

Mi tía abuela Andrea Carriedo

Tenía el gabinete
cierto olor a desahucio.
Estilo inglés y tapizado
en verde el estrado
y la consola imperio,
de caoba. Adamascado
el cortinaje y sobre
el mármol
rosa de la mesa,
miniaturas, retratos...

En la pared
los cuadros heredados.
Un capital prudente
de antigüedades, aunque empeñado
el aderezo de brillantes
para seguir tirando
de dos tías, dos criadas
y un gato.

Enfrente del espejo,
reflejados
y tristemente azules
los ojos y el cabello blanco,
otra historia de España
que ignoran los legajos:
uno la quiso y a otro
quiso. Total, como Machado.

Retrato de mi padre

No sé cómo decirlo, pero era
mitad de puerto y mitad Quijano.
Un sevillano sin Sevilla
estoicamente hablando.

Tenía una piragua, jugó al fútbol,
rozaba la desgracia: vivía asmático.
Alto y rubio igual que la cerveza.
Le gustaban las motos. Hermano
del Gran Poder y moderno
como lo americano.

Usaba el humor negro y el silencio.
Fue un sujeto raro
que guardaba en un libro de francés
tres poemas escritos de su mano.

Mis tíos Jerónimo y Agustina enamorados con un tango

Mira, me dijo, en la gramola
habían puesto *Nostalgia*,
y aunque apenas el diablo de la guerra
abandonaba el frente de batalla
y las fechas tan solo eran los números
en una lotería de desgracias;
aunque recién callados los fusiles,
el hambre por las casas
con las cartillas de racionamiento
y el miedo a las palabras,
fue la voz de Gardel en la gramola
el único milagro. Una muchacha
con la risa loca y la respiración
de fuego. ¡Casi nada!

A media luz

A media luz las calles
igual que el viejo tango.

A media luz en punto
junto a los pocos años,
como aquella Sabrina
del cine de verano,
el abrigo del Vogue,
la cola de caballo,
cuarenta y pocos quilos
y la llama esperando
a que Bogart por fin
encendiera el cigarro.

La calle era una flor
de oscuridad, un diablo
apuntándome el cielo
debajo de tu brazo
en la corriente esquina
donde maullaba un gato,
mientras que un bandoneón
se quedaba callado
al silencio caoba
de los confesonarios.

A media luz tan solo
sin velador, sin tango,
sin vitrola ni estera,
en un otoño santo
con manos de teoría
y escalas de piano,
igual que una película
en blanco y negro, vamos.

Historia de un amor interminable

Siempre supe que un hijo
era una enredadera por la casa
escapada a la tierra desde siempre
por intentar llegar a otras ventanas.
Además de esa lanza de Longino
sobre un amor interminable. Nada
menos nuestro que un hijo, amarlo
es amar la aventura de sus alas,
comprender la paciencia de las olas
y aprender a besar a la distancia.

Desayuno con picatostes

A la cinco de la tarde mi abuela
tomaba el té como una inglesa. Pero
al ser de día, en un rinconcito
de la mesa de la cocina,
la recuerdo con su vasito de café
migando picatostes, y toda ella
era una humilde ternura
con los ojos agazapados
en salas de ultratumba.

Decía cosas lindas y tristes.

—A tu abuelo nunca pude rezarle
un padrenuestro porque siempre
me quedaba dormida.

—El agua de las mesillas de noche
no se bebe
porque es el agua de los muertos.

Entonces, yo le releía otra vez
la historia de Genoveva de Brabante
y el conde Sigfrido
que a ella le gustaba tanto.

Ahora, algunas veces,
desayuno picatostes
sentada en el poyete del recuerdo,
donde ella está como un pequeño bulto azul.

—Y luego digo que soy agnóstica,
que no voy a la iglesia
ni comulgo.

Concepción de la Santísima Trinidad

Mi tía Trini murió de pleuritis
a los veintiún años. Mi abuela
nunca le perdonó a Fleming
que se retrasara tanto
en inventar la penicilina.

Era hermosa y devota.
Construía altarcitos en su cuarto,
que su padre, masón, republicano
y enterrado un año antes
en el cementerio civil,
nunca le reprochó; es más,
de no morirse, hubiera
ingresado en un convento.

Mi madre, que entonces contaba
siete tristísimos años
y olía a llanto y a luto,
le recogía flores en el jardincillo
de la tita Rafaela.

Me contaron que ella misma
se hizo su mortaja
de tela rosa de piel de ángel,
y que la noche antes de morir,
sonaron en la puerta
tres aldabonazos
como los del Comendador
y dijo que era su padre
que venía por ella.
Mi abuela, con todos los puñales
de las vírgenes de Sevilla
clavados en el corazón
y no en la saya,
abrió y nadie ni nada en la escalera,
a no ser la sombra presentida de la muerte.

Luego, al poco tiempo,
León y Quiroga inventaron
aquella copla de “Triniá mi Triniá
la de la Puerta Reá”.

Y aquella mujer, aún con velo
y medio manto,
tuvo que aprendérsela de memoria

desde las acanalladas radios
que estrenaban los vecinos.

La última cena

Mi padre dijo como Cristo en la última cena:
“Aquí hay una que me engaña”.

Y yo, ante un plato de sopa de puchero
con su jamoncito y su hierbabuena en lo alto,
empecé a llorar frente al mantel
mientras mi madre, como una auxiliadora
en las Bodas de Caná,
decía: “Llama a ese niño, anda,
llama a ese niño”.

Yendo al teléfono la escuché decir:
—Joaquín, hay que dejarla, que esta
es capaz de morirse.

De Gravina a Santa Cecilia

Cuando murió mi padre
nos hicimos pobres como Gila.
Porque empezamos a saber de nóminas,
pagas extraordinarias y hacíamos
equilibrio a la peseta.

Nos mudamos a un piso
donde mi madre no sabía
cómo acoplar los muebles,
y nos vimos en la obligación
de venderle algo a un anticuario
de la calle Vírgenes.
Pero como conservamos los cuadros
y el espejo isabelino de mis abuelos,
un arca y cuatro sillas inglesas,
lo de pobre quedaba reducido
a la infeliz caja fuerte de mi madre.

Empecinamiento

Me dijiste que no querías
dejar tu libertad,
ya ves, a mí, que soy más terca
que una mula.

Y todo porque eras
el único hombre
que tenía hoyo en la barba.

Bueno, tú y Kirk Douglas,
pero quién iba por Kirk Douglas
con lo lejos que me quedaba Hollywood.

Tenebrario (o Puerta del Norte)

*A D. Fernando de Saxe-Coburgo-Gotha
(1816-1885)*

Introducción a una historia memorable

(Verona, Piazza delle Erbe)

Busco pimienta para el estofado
y yerbaluisa para el dolor de menstuo.

Me es igual que te manden
los güelfos o los gibelinos,
pero dile a tu amo que no le amaré nunca
con el pecho de Julia Capuleto.

Vivo a cierta distancia
de la inocencia;
de ahí que no precise de frailes
expertos en botánica.

El veneno siempre ha corrido de mi parte.

**Vara de la virtud para resucitar a alguien
en el cementerio de Montmartre**

Con diecisiete años, vestida
con el traje de colegio y de luto
vengo a buscar tu muerte,
el sitio que sostiene
tu querido esqueleto.

Para resucitarte
con mis manos de niña
traigo un Hada Madrina,
el Jarabe de Alicia,
el Candil de Aladino.

Y todos los espejos
dirán a la Madrastra
que soy yo la más bella.

El camino de Rosa es celeste

(Patio del Homenaje)

Miro este puente levadizo donde
mi mano pudo ser de algún guerrero,
y siento que los pájaros
van a mi corazón
a comer su granito de aventura.

Las hortensias a un lado, y al otro,
alguien que va volviendo
guiñapos mis vestidos
y enciende mis cabellos
con velas amarillas.

Lámpara soy ahora,
cristal soplado, vaso
de un altar infinito.

Castelo da Pena

En la sierra de Sintra
encontramos el muérdago
como señal de augurios bienhechores.

Ahora podrán vestirme
los regios alfayates,
de ostentosos harapos
bordados con mis lágrimas.

Y agitando mi pelo
de oriente hasta occidente,
anidarán los nombres
con que es llamado el viento.

Saleta

Asómate a mi cuarto
porque mi cuarto
y mi vivienda han muerto.

No abras las ventanas, no sea
que se escape ese sigilo azul
que da mi sombra.

Aspira las paredes,
la labor transparente de la colcha,
las flores marchitadas y el sonido
que anuncia la carcoma.

Mira el sillón vacío,
El libro de los muertos
abierto en la camilla
y no enciendas las luces.
Las cortinas mantienen
el mandato preciso:

Que la luz no penetre,
que de la luz nos guarde.

Cita

En una iglesia, enfrente
de un retablo barroco
junto al agua bendita,
yo seguía tus pasos
igual que si siguiera
la huella de Luzbel:
el paladín del fuego.

Y en la costanilla de la calle,
esa sangre de Dios
que era tu boca
cuando la esquina hacía
un milagro conmigo.

Una niña viaja en coche de caballo

A la húngara viene el faetón.
Azul bordado en oro las casacas
del mayoral y del palafrenero
en la tarde festiva.

Viran los cuatro tordos
las crines al unísono,
ora a la izquierda
y ora a la derecha,
y en ese instante el tiempo
ha devorado millares de sus días.
Asimismo, sus patas pisan la primavera
y al levantar el paso ha llegado el verano
y este se ha convertido
en cierzo de hojarasca.

Cuando el castigo viaja
del cerebro a la diestra,
desde la diestra al látigo,
del látigo al ijar,
los cocheros son viejos,
la niña es ya muchacha
y los caballos de alba y platería.

Pasó. Y aquella dama
cuya hermosa pechera parecía
de blonda, cuando era solamente
el laborioso encaje de sus huesos,
no me miró. Me ofreció
el sitio donde tuvo los ojos
y aquel horror marfil
donde antaño colgara la sonrisa.

El mal agüero

El hombre santo
ha dicho tu nombre.

Luego he visto pasar
tu yegua vacía
y llorando a todas
las mujeres de tu casa

El suicidio

Me ofrece su sonrisa
y traspasada por la nada quedo.

Me lleva hasta la lluvia,
a las calles más tristes
donde aúllan los perros
que mendigan el tacto.

¿Es esto la frontera de la muerte?
Porque la vida parte
los cachitos de mundo
y hace con mi tibieza
un congelado asombro.

Ya tengo la apariencia
y el vestido del frío.
Él es mi propio dueño
y el dueño del silencio
porque ya le he entregado
mi última palabra.

La visión

En la ciudadela de la muerte
hay un estanque
con el fondo de mis ojos.

Con ellos veo pasar
la gota de la vida.

Examinando el Cordero Místico

(Catedral de Gante)

Escudriño.
Pues no, ningún rostro me es familiar.
Es decir, ni me parezco a los ángeles,
ni a Santa María ni a su Mayestático Hijo.

Tampoco me encuentro en los personajes del coro
y mucho menos en los nobles de a caballo
o en la gente de iglesia.

Por donde llega el pueblo puede que sí,
pero mis ojos no están ya para buscar en miniaturas.

El señor con hoja de parra y bien parecido parece
estar dispuesto a cooperar,
y viendo la preñez de su señora, presiento
que voy en la frente de su primogénito.

El animal Set

He puesto la serpiente de madera
debajo del radiador,
no sé por qué ahora
la encuentro en el pasillo.

El loro, también de madera,
me mira como el paraguas
de Mary Poppins,
pero debe ser una exageración mía.

Aunque vista
la capacidad que tengo
para destrozarme,
en cualquier momento
los hago saltar contra mí
y me aniquilan.
Aun faltándoles
el picotazo cruel
y su poquito de veneno.

Autorretrato

Cruza el semáforo.
Aleja la falda y el pelo
del parabrisas de tu coche.

Tiene la lluvia
y el ejemplo fresco de sus gotas.
La arisca sensación de los felinos,
siempre en fuga: de Bach a Bach.

Ella no sabe
de la estúpida luz
del cielo de Beatrice.
Su cuerpo es la corteza
de un árbol retorcido.
Pasa de sus infiernos
a ciertos purgatorios.

Si la incitas
es una virtuosa meretriz.
Si la escuchas,
suele ser genial treinta minutos,
las otras veintitrés horas y media
se le hacen como a ti y como a todos,
normalmente vulgares.

Sabrás que se enamora fácilmente,
pero siendo educadamente sincera
miente con cierta cortesía.

Ella existe, si llega a tu pensamiento
con la fuerza del rayo
o si en él la refugias
como una enfermedad.

Lleva el rostro esculpido,
inteligentemente maquillado
y no es casualidad la desgana
con que se cuelga el bolso,
la imperfección
con la que usa la ropa
ni la mezcla medida en el perfume:
sino pura matemática.

Transita en los pasillos
de tu último sueño.

Espabila tu instinto
cuando la sientes venir
del lavadero del amanecer,
con su pájaro agüero
o su buen augur.

Es fatalista.
Imposible como una copla de posguerra.
Seguramente merecería
una antigua y arrebatadora metáfora.

Ahora llegará hasta ti
igual que un zarpazo.
Pues vigila tu espera,
la mano que llevas al bolsillo,
el gesto que guarda
la comisura de tu boca
y el perfil con el que le golpeas el corazón.

Cruza,
se acerca y le sorprende la vida,
te dice que te ama y deberías creerla.

Juan-Juan

Los dioses no tuvieron más sustancia
que la que tengo yo.

J. R. J.

No seas mezquino, Juan, y di nosotros.

R. D.

A un poeta recién casado

En este piso viviremos, Juan. Tenemos la Casa de Socorro a un paso para estos corazones que no andan a ochenta pulsaciones por minutos.

He hecho los visillos al amor de mis manos y en sus cristales vuelan los pájaros de hilo. Las vitrinas son tristes pues cobijan lo muerto y en la azotea crecen almas como violetas.

Ella está aquí, la husmeo en esa rosa única que no hay que tocar más. Sencillamente, esparce su misterio y da a la caza alcance.

Te fui desordenando el pensamiento. No sabes cómo soy, tú que sabes que existo, y ha de irse Zenobia, su archivo, su decoro, sus relaciones públicas y el empeño que pone en planear tu vida. Ya sé que es ahorrativa, bilingüe y cosedora. Que te mira con ojos verde-azules. Que mecanografía tus poemas y a veces te disculpa con Menéndez Pidal. Pero la veo sin ti, desprovista del aspecto frutal que irradia en las portadas de tus libros, y es solo una señora pegada a un bolso añejo. En una esquina el cáncer, y en la otra, la soledad eterna. Mi inocencia me hizo verla competitiva, ¡ya ves!, cuando con mis dientes de leche la hubiera devorado.

Sí, yo que soy como la Sulamita: dos hileras mellizas. O, más bien, como las habitantes de Altamira ejercitadas con la carne cruda.

Tú ya eres *el que calla, sereno..., el que perdona, dulce...,* el que ha quedado en pie cuando te has muerto.

Apresúrate, Juan, bebe un sorbo de abismo y acógeme en tu sinrazón. Por fin llega a tu vida la poesía desnuda.

Saber volar

Seguro que no teníamos paracaídas en los ojos. Por eso tú te enamoraste de alguien tan joven y yo de un hombre de traje gris. Eso pasa por saber volar y no poner los ojos o las alas a plazo fijo con un interés interesante. Eso pasa por salir con el chaleco del corazón sin abrochar. Hablar encima de tu hombro. Llorar como un huérfano de Dickens para nunca jamás tener pañuelo igual que Escarlata O'Hara.

Eso pasa porque creíste en mi fragilidad (cosa que nunca tuve) y yo en tu fortaleza; algo con tendencia a la baja no por nada, sino porque había decidido poner un cuarto de huésped en las neuronas con las que pensabas rentabilizar mejor con el mínimo riesgo.

Ahora, te advertiría que si quieres salir de la crisis, no debes invitarme a tomar una taza de poleo ni dejar que te lea lo último que escribo. Lo digo por si me subo a tu cabeza como una docena de daiquiris y luego no sabes cómo largarme.

Un hombre junto al Hudson

Un hombre junto al Hudson. El gabán abrochado y horriblemente viejo, mira por debajo de Washington Bridge cómo pasa el campo amarillo de su infancia. Qué importa si está en la esquina de Broadway o en la de las Pulmonías, si Ella nunca será suya y lo maltratará siempre lo mismo que a Oliveira, porque nada en ríos metafísicos como la golondrina nada en el aire sin saberlo.

Ahora podía estar en las dársenas del Guadalquivir. Andando por los suburbios atormentados. Viajando en coches de policías o durmiéndose con la música de las ambulancias. Pero nadie propiciará vuestro encuentro. Ni lo sueños. Ella no se quitará para ti su camisa. Aunque me consta que está en todas partes.

Y nada más. Te amo demasiado. Tanto, que busco en la conciencia el grado de cianuro suficiente, para no propiciarme y mantenerte en vilo.

Las cosas viejas

A Andrés Amorós

Me enamoré de la cómoda y no es la primera vez que me pasa. También me ha sucedido con cosas más inusuales. Por ejemplo:

—Del palacio Contarini dal Bobolo, que luego fue imposible meterlo en el piso.

—Del vuelo de las gaviotas tontas que se quedan a vivir en el légamo infecto del Polo Industrial de Huelva, y las vemos remontarse hermosamente malvas cuando el sol se agacha en el poniente.

Pero la cómoda aquella me pertenecía. Qué duda cabe que alguien habría dejado algo para mí en sus cajones repletos de nada.

Qué podrías esperar si juego con la tinta y el papel, marco los naipes con sangre de corazón, es decir, hago trampa y, además, cambio globos por botellas viejas.

Inventario

He oído decir —siempre hay personas insensatas— que el amor es grande, o más bien, lo más grande. Y yo hago esta cuenta:

Vive en la punta de los dedos. En el diente. En la gota de lágrima. En unos cuantos litros de sangre. En el estuche del corazón y en las sinrazones de las neuronas. Es decir, dentro de nuestra propia pequeñez.

La conclusión que saco es que el amor es chico y solo la nada es grande.

Puerto de Muros

Vine a la Costa de la Muerte y fui
de picos pardos con las meigas.
*Alguien dijo me gustas cuando callas
porque estás como ausente.* En la taberna
un corto de café. *¿Y tú me lo preguntas?*
La voz tuberculosa de un paisano, que entra
con la lluvia de Muros. —Por favor, sirva
un vaso de oscuridad. Bebo, mientras
que nadie tiene una cajita china
donde hubiera sonrisas. Donde fuera
Dios azul, donde pudiéramos ir
al campo por romero. Una vieja,
dos viejas, veintitrés mil viejas que pasan
con el pañuelo negro a la cabeza
y se llevan mi paz, al convidarme,
al pedazo de pan de la tristeza.

La nueva Cenicienta

En el Palacio de Oriente
y a la hora en punto, entra
invitada por la Reina de España
Q. D. G. la nueva Cenicienta.
Como Paquita con Vicente Parra,
se sube de un tirón las escaleras,
deja el abrigo sobre el guardarropa
y saluda a un poeta
conocido —menos mal—,
habla con él. Se queda.
Y un personaje popular,
Amancio Prada,
la mira con fijeza
sugiriendo el misterio:

Es aquella
que alguien quiso libre
y solo era poeta.

Desayuno sin diamantes

Tomo café
y tú te afeitas.
Nos besamos.
Se te quedan los ojos
como el blanco
final de aquellos muertos
que hice con mis manos.
Tienes la edad ahora
que tuvieron.
Yo sigo con aquellos
escasísimos años.

Un beso de café
por la mañana
que sostiene el lavabo.
La crema de afeitar
junto a mi lengua
y a la sangre que sale
de tu labio.

¡Hemos hecho el amor
en tantas partes...!
Sí, también en la cocina
y en el cuarto de baño.

Confesión

Te amo porque amarte es amarme:
ser yo en la invasión más grande del tú.

Perfecto amor

La víscera de cristal

Enamorarse es una enfermedad.
Es un desbarajuste. La incoherencia
que te reúne con alguien, casi siempre
ni muy alto ni demasiado delgado,
que entre otros asaltos,
te acosa con la respiración
vía telefónica a extrañas horas.

Ese alguien nunca te convendrá.
Es incómodo y nada idealista.
Llama a las cosas por su nombre.
A la poesía, por ejemplo,
suele decirle imbecilidad.
Aunque se bebe lo que escribo
en un ático, y agujerea mis palabras
con puro fuego. Y luego (como si lo viera)
tira los papeles chamuscados
al inodoro y pulsa la cisterna.

Así me baja a los ruidos de los atadores.
A las tajeas reales donde conviven
la rata y la cucaracha. Allí
se despintan mis besos
y por mis proyectos indecentes se pasea
toda la porquería de la ciudad.

Y esto pasa como si nada.
Sin que nadie te pida permiso. Cuando
estás cuadrando inventario
o escribes a un cliente moroso.
Cuando están los bancos abiertos
y no te pagan los cheques al portador
por falta de fondo. Cuando no sabes
qué hacer con las ganas de amar.
Con el vaho que sale de tu camisa
porque el corazón es como un barco.
Como un absurdo disparate
que amordaza tu sensatez.

Entonces
recapacitas. Consultas con la nevera
y pones cubos de hielo
en las neuronas con la que decides
pensar algo razonable. Lo malo
es que luego el hielo se derrite
y tiene el mismo componente

de las lágrimas.

Horario de oficina

Su zapatilla de cristal
era del treintaiséis.
Uno sesenta y siete de estatura
y simplemente escuálida.
Es decir: no era su tipo.

Ocupaba ese espacio
de un sillón de oficina
y casi siempre hablaba
de temas complicados
como la metafísica,
el salario, el horario,
la igualdad de derechos
y hasta del amor libre.

Era molesta. Aunque
un resto de perfume francés
que en su casa alguien
no quería malgastar,
y el maquillarse las pestañas
hasta que parecieran de mentira,
le concedían un toque de atención.

Se cortaba el pelo por fastidiar.
Lo mismo hubiera hecho con las venas.

Sin querer le hizo
renunciar a sus hábitos.
Desprestigiaba sus aficiones
sin proponérselo. Iba directamente
a su cabeza: le daba de comer
literatura en cartas
que hubieran dejado por los suelos
las de Mariana Alcoforado.

Y aunque tenía un hada triste
que le mataba los ojos
y le hacía llorar,
nunca aceptó ser romántica. Decía
(como Goethe) que los románticos
solo eran débiles y enfermizos.

Así le pateó hasta el tuétano.
Pero el mundo estaba empeñado
en no colaborar.

Y es que no era ni ciego ni sordo
ni parálítico ni mudo.

Una medida de alcohol ruin

Me haces escribir ahora, que veo
dos roperos y dos hombres en el dormitorio
y declaro que el alcohol da un toque
especial a mi cerebro. Ahora
que te he visto y me has mirado
pero que no creo para nada en ti
busco palabras como soles.
Palabras como los incendios del corazón.
Ácidas y putrefactas
como vertederos. Que descontrolen
tu bilis y el falso humor que posees.
Estrepitosas como cócteles molotov
o como frentes de guerras. Como la sangre
y los ojos noqueados de los moribundos.

Pero dónde encontrarlas
para que, con pericia, acometa
el asesinato del silencio con cierta dignidad,
si los diccionarios no saben sentir
ni llegan a dar exactitud al raciocinio.

Pienso que no me gustaron nunca tus ojos
ni tu boca. Tus ojos, porque no tienen
más valor que los cristales ahumados
hechos añicos. Tu boca, porque no sabe
de la púrpura ni de la pulpa
y solo bordea el filo de la ira.

Por ese filo voy con una medida de alcohol ruin.
Callo. No me interesas para nada: dios, mío.

Concierto a las once de la mañana para señora que escribe a máquina

Tengo que agradecer que ese muchacho
que quiso ser actor, ahora se decidiera por la música.
Ya sé que sus padres
no le ven un futuro claro, pero
sube el do sostenido de un impertinente
estudio de violín que, aun dejando
escapar el diablo de Nícolo Paganini,
llega hasta los malditos
papeles en blanco y le crecen palabras razonables.

Ya sé que no estamos en la primera década
de mil novecientos. Que no estoy en un ático
de Montparnasse con la sombra de Apollinaire
y Stravinski. Que los refugiados centroeuropeos
Lenin y Trotski no animan las tertulias
de las terrazas del Dôme. Que Picasso,
Matisse, Miró y Giacometti
son cadáveres enriquecidos brutalmente
por los oportunos galeristas,
y que Hemingway se ha tomado el suicidio
como una medicina. Pero
esto me lleva a la bohemia
aunque no ocurra en el ombligo del mundo,
y se deba solamente a una casa
de piso mal insonorizada.

La poesía viaja en la ley de la calle

Puede estar es esa puta radiofónica
que explica sus idas y venidas
por la Castellana, a cuatro bajo cero,
con su uniforme de trabajo
y unas mallas en el bolso
para antes de la suprema congelación.
Esa mujer habla como la chica de Pretty Woman
y seguramente será
tan bonita como ella.
Claro que no encuentra
a su Richard Gere, aunque tiene
una anécdota de un señor
que le largó doscientas mil pelas
por un servicio.

Puede estar en los travestis,
que además de los pechos
y las caderas de silicona,
tienen una víscera llamada corazón
y un encéfalo con el que deciden
en qué esquina del sexo o en qué
triumvirato del mismo
quieren ubicarse,
sin que les den lecciones de moral
—en las costillas— los cabezas rapadas.
También, cómo no, se instala en las cárceles,
donde la música clásica la ponen
Los Chunguitos y Azúcar Moreno,
y a Mozart y a Ludwing van, que les zurzan,
porque estos individuos se la traen floja
a esos señores.
Y es que ella
también es aviesa como el que más.
Y lo mismo acaricia el lomo del jaguar
que ha de darle a Borges
el nombre secreto de Dios,
como a los turbios talegos
con los que se venden o se pagan
alucinaciones de la vida.

Truman piensa en Audrey

Desayuna bocadillos
delante del escaparate de *Tiffany's*
con vestido de noche de *Givenchy*.

Es una escuálida mujer anguila,
escurridiza por partida doble.

Truman sabe que, de quedarse,
lo hará como su gato:
de un salto limpio
al certero cojín del corazón.

Porque, ¿cómo se deshace ahora
de esa complicidad que tiene
con las ventanas de su casa,
y del ademán con el que sale y entra por ellas?
O de esa inocencia que no le abandona
ni aun cuando calcula hombres y dólares.

En su apartamento, convive
la asimilación de la esquizofrenia
y el absurdo de Groucho Marx.
Por lo tanto está justificado
el asesinato, la fuga o la frivolidad.
Aunque cuando sonríe,
se le llenan los ojos de pueblo
y vuelve hasta una infancia llamada Fred.

Truman intuye
que flirteó con Henry Mancini
lo suficiente como para que entraran en juego
las corcheas de *El río de la luna...*

Fuma, y pone papel en la máquina de escribir.

Margarita Cansino

Querida Gilda:
Siempre sentí
la bofetada aquella
como una gran estupidez
del muchachito cateto
que era Glenn Ford
a tu lado.

No tuviste buen sino
con tus amores
en aquella película.

El hampón de tu marido era, cuando menos,
estólido, y tu amante, la verdad
es que no estaba ni a la altura
de los centímetros
de tus zapatos. Porque tú, Gilda,
eras mucha Margarita Cansino.
Es decir, tú y tu propia historia
rebasaban en mucho la imaginación
de los guionistas de la época.

Ali Khan, por supuesto, era
más exótico y mejor partido
que los muchachos de Hollywood.

Aunque viéndote, siempre pienso
que tu peso en diamantes,
fue gestionado simplemente a la baja.

Una cucharada al día

Tomé mi dosis de tristeza
poco a poco como dicen que hacía
Rasputín con el cianuro.

Por eso puedo estar en la vida
sin usar antidepresivos.

La estética

Me dijo, era esteticista,
que para ella los hombres
tenían que ser clásicamente
mediterráneos. No comprendo
el racismo. Mi lista
es bastante más amplia.
Podrían estar desde Sydney Poitier,
a los hijos de Odín
que inventaron el güisqui,
el dólar y los estudios de La Metro.
¿Cómo, si no, hubieran
llegado hasta nosotros
los ojos siderales de Paul Newman?
Queridos míos,
brindo con ustedes
por los Bárbaros del Norte,
y por los Negros Espirituales
que alzan el grito de África
en cualquier esquina
del metro de Nueva York.

Las gafas

No soy fetichista.
No tengo nada que ver con Justine
ni con su progenitor
el Marqués de Sade.
Y tampoco me identifico
con las patologías
de Sacher-Masoch.

Pero cuando se quitó las gafas
sentí que hacíamos porno duro.
Algo demasiado grave
para la luz pública.

Ahora no sé
si desnudarse la mirada
estará incluido en alguna
farmacopea erótica.

Sentencia

Dimes si crees en la mujer o en el ofidio,
porque un día aplastaré tu cabeza.

Será cuando busques mi voz en las estanterías,
y te sea imposible practicar
entre las proteínas y los virus
que un día sostuvieron mis palabras.

El hurto

Le dijo
que la mirara como algo lejano.
Que no era real. Que acaso
le estaba hablando
un cuadro de Van Eyck.
Que tenía el sexo de los ángeles
y escurría el bulto a todo lo venial.

Alargó la mano y hurtó su corazón.
No, no es una fresa lo que come.

Comuni3n

Te daría a beber
dos gotas de perfume en mi garganta
o simplemente arsénico.

Pero ante esta imposibilidad,
hurgo en el dorso de tu mano y pinto
mis uñas con tus gl3bulos rojos.

Y no es que sea dañina, no. Mi crueldad
es plural y de género femenino.
Navego en el mar de las ovulaciones.
Soy ciclotímica y las endorfinas
hacen el resto. Aunque
si fuera el ángel exterminador,
no faltaría quien me hiciera
una mala cr3nica.

Y total, todo, porque enamorarse
tiene poco que ver con la bondad,
y mucho con la antropofagia
y los pecados capitales.

Monólogos con la SE 30

A Rafael Montesinos

La vida si no la conviertes en arte, acaba
convirtiéndose en una estupidez.
R. D.

Lo bello es nada más que el comienzo de
lo terrible.
Rainer M. Rilke

[Tu boca era como el melocotón maduro...]

Tu boca era como el melocotón maduro de su huerto y tu pelo como el ala de los cuervos...

Ay Sulamita. Ya jamás irás a Mazagón en el Renault TS amarillo rabioso recién estrenado el carné de conducir. Ni tampoco cogerás el autobús con el traje turquesa que tanto favorecía a tu bronceado. Así pecó Salomón contra Dios y contra el mundo por ti.

Tenías lecciones de modales y total ¿para qué? Para manotear vulgarmente con todas las caricias por ordenar.

Y así venías de las guaridas de los leones y de los leopardos, cuando te sentabas junto a nosotros como si de tal cosa no se tratara.

Ahora, transitas la SE 30 también como si tal cosa. Pero han adelgazado tus labios. Tu pelo es puro desastre del color y empiezas a no estar bien contigo misma. Y todo porque en el espejo manda la que era verdaderamente malvada, es decir, Blanca Nieves, y tus arreglos han pasado a ser un magistral capítulo de restauraciones.

Piensas en la silicona y en la boca perfecta de Michelle Pfeiffer y en lo bien que quedarían todas las palabras salidas de estuche tan apetitosamente ordenado. Y eres capaz de apelar al quirófano y al golpe de cheque al portador. En comprarte ojos que vengan bien con tu vestuario, o en callarte como la heroína de *La casa de los espíritus* por si de una puñetera vez te haces escuchar.

Y es que, al final, solo ambicionas que Salomón ofenda otra vez al mundo y a Dios por ti. Y escribes. Escribes, por si logras inmiscuirte un poco, en la sabiduría esa, que dicen, le otorgaron.

[La maldad de Blanca Nieves es que avanzan...]

La maldad de Blanca Nieves es que avanzan sus medidas:

(Noventa sesenta noventa). Ha tocado sus lóbulos con un bálsamo antiguo que al pasar por las vísceras de ciertos animales terminó por llamarse Nina Ricci, o Rocha, o algo parecido.

En sus dientes un chicle para besar a fondo. Por descontado tiene un cuerpo de danone y bebe cocacola.

Gira como un derviche. Suspendida en la luz es un ataque de panteras en plena Amazonia.

Ha hecho su conjuro. No olvides que es mujer, o sea, lo binario, y a la hora del alba pronunciará tu nombre.

Asesinó al ángel de la muerte cuando dijo que el hombre solo era inmortal por sucesivo.

No te extrañe que ahora, en la barra de un bar, Dios tenga que beberse siete copas de ira.

[Recuerda que quiso ser la única hermosura]

Recuerda que quiso ser la única hermosura

y así como las flores que atrapan a distancia dejarte ciego, ahogado y muerto de luz en su mirada.

[La señora Guermantes se quita la bata pintada por Fortuny...]

La señora Guermantes se quita la bata pintada por Fortuny y prepara un anís sin hielo. Pues la cosa había empezado con un par de cervezas que le hicieron desistir del empeño de estar delgadísima. Así se adentró en el paraíso de la gula. Nefando pecado.

Luego, una vez de llegar a la espiritualidad, alcanzable solo con el ayuno o el exceso, untó sus pezones con Anís del Mono e hizo reflexiones en heptasílabos. No sé qué dijo de Baudelaire y los poetas alcohólicos. La señora Guermantes era genial incluso en el vestir.

Ahora, ese carné de identidad, ni romántico ni práctico, que le acercaba a la quincuagésima, miraba por encima del hombro a la última abastecedora de Drácula que triunfaba en Chanel, y cuyos misóginos creadores delectaban sus medidas con odio antiguo de ángeles de Sodoma.

La señora Guermantes nunca había entrado en la dictadura de los lewis. Se hizo hacer un sostén talla noventa y cinco por Herminia Cadolle, que colgaba del picaporte del trampantojo.

Había llegado a tener la dulce proporción de la cocina menestral. El filo del volumen por donde pasa sin pestañear un hombre.

[Si Dios me concediera escoger alguna fruslería...]

Si Dios me concediera escoger alguna fruslería de este mundo, escogería la perseverancia porque con ella se llega a todas partes y sobre todo se ganan oposiciones. Te haces funcionaria pública que es como casarte con el estado pero sin posible divorcio.

Entonces ya empiezan a quedarte bien los trajes de ejecutiva con minifalda, los pañuelos de Loewe, los vestidos de Victorio y Lucchino y los ligeros bocados de biomanán. Finiquitaste los almuerzos de familia ya que pusiste todo tu empeño en los profilácticos y en la ligadura de trompas. Aprendiste a trinchar a un hombre en trozos sapientísimos para postreras y definidas degustaciones. Definitivamente, te vuelves europea y entregas tu corazón a un felino que aprendió a amar su paté de Wiskas, y al que obviamente esterilizó tu veterinario. Haces un monumento al lobo por digerir a una abuela y a una niña de una sola tacada. Y acabas con los tópicos de esta ciudad poniendo los ovarios encima de la mesa y decretando que la Giralda, ese adobe estirado que soñaran Ben Basso y Alí Al Gomari, no es mucho mejor que la SE 30:

Mater amabilis de los suicidas contemporáneos.

[Ella te lleva a todas partes...]

Ella te lleva a todas partes: es la SE 30.

Que al principio la ves como una viborilla desarrollada, por cuyos lengüetazos se desliza el ágil veneno de los pozos petrolíferos.

James Dean y Rock Hudson. Caín y Abel de nuevo con una hija de Eva, que decide apostar por el diesel y la sin plomo.

También yo aposté por Caín. Ese rubio suicida que araña la barriga de la tierra hasta sacar sus vísceras. Su auténtica mierda bien pegada a todos los zapatos.

Por ellos iremos a las centrales nucleares. A la comida basura. A la prisa. Al mundo que pone de moda a los clochard. Donde los ecologistas sacan su escuálida bandera y enseñan sus pobres incisivos al mundo de las excavadoras y el dinero, y a la tremenda higa que este les hace.

[Él sueña con osos que están protegidos...]

Él sueña con osos que están protegidos, yo sueño con sueños que hay que proteger...

Y es que, si me dejara llevar por la desesperación, si aceptara el fracaso y mi primera lágrima por él se derramara, estallaría el desastre porque Noé vive desprevenido y nadie le avisaría. Entonces, los lechos de los ríos, la torpeza repetida de las olas y la meteorología imprevista de la lluvia, crearían el imperio del agua.

No hago psicoanálisis pero, dentro del sueño, lloro delante de la puerta cerrada de mi casa. En ella, mis hijos hacen solitarios y consumen cigarrillos entre setos de mirtos y jardines ideales.

No sé cómo decir, con qué decir el desamparo y el ovillito de amor y desamor que represento. La hermosura que soy descalza y con la combinación y la bata arrastrando tras de mí, como una aparecida, o la ahogada que habita algún cuadro que habita algún museo.

Si pudiera quitarme la cabeza, sería la Victoria de Samotracia, con el corazón duro y las alas prestas. Pero no dejo de pensar, luego soy vulnerable.

Él va de motero, qué extraño, cuando nunca infringe la velocidad. Pero lo cierto es que sube a una moto de diseño mientras que en otro plano, una mujer, la suya, juega al turco y queda dentro del rectángulo de tiza. Pienso que ni la bruja del Este podrá salvarla.

Nadie impide que pronuncie su nombre ahora, pero no sé cómo. Me falla la circulación periférica, he olvidado el flujo de la vitamina E. Si dijera amor mío no volvería la cabeza.

Y se va. Quizá porque es el cuerpo de la prisa o el arrendatario de algún meteoro. Claro que debería pararse. Pensarme. Codificarse y saber que solo nos atrevemos a vivir con lo que no amamos.

Ahora solo me queda pedirle a Heráclito que formule la frase que acabe por ocurrir.

[Alguien dijo que aquella niña se parecía...]

Alguien dijo que aquella niña se parecía bastante a Sabrina. Pero aunque la estética viene a formar parte de la ética, ella jamás se hubiera enamorado de William Holden, ni nunca hubiera intentado suicidarse por él con monóxido de carbono. Lo suyo era los cien años de Bogart, y esa mezcla de financiero ex alumno de Cambridge y Alfonso Capone.

Y esperó. Estaba convencida de que Bogart acabaría poniéndose las gafas, de ahí que compartiera con él los hijos y la almohada. Y aunque ya se había dejado bigote, aumentado de peso y adquirido la fea costumbre de llegar tarde a casa, lo libraba la vida: Bogart siempre tuvo cien años.

En cambio, ella empezaba a asumir con cierta jocosidad la menopausia. Los medios cánceres. La histeria. Las mechas color porcelana y las ya para nada bien vistas medidas de Marilyn Monroe. Y lo peor, esa monserga de cumplir años todos los años.

Seguramente por eso ha empezado a echar su inocencia en bolsas de basura. De un costurero viejísimo saca puñados de perfidias, y llena cajitas de lata con restos de maldad. Pero sobre todo, reza.

Reza a Gaspard de la Nuit, para que Bogart se quite para siempre las gafas de ver y, como Tiresias, vuelva hacia ella sus ojos misericordiosos.

[Siempre supe que un hijo...]

**Siempre supe que un hijo
era una enredadera por la casa
escapada a la tierra desde siempre
por intentar llegar a las ventanas.
Además de esa lanza de Longino
sobre un amor interminable. Nada
menos nuestro que un hijo. Amarlo
es amar la aventura de sus alas,
comprender la paciencia de las olas
y aprender a besar a la distancia.**

Y en el instituto, un niño de la primera fila te pregunta qué es besar a la distancia. Una, además de pensar que la poesía no es para bárbaros, comprende por qué a Borges le gustaba tanto hablar de metáforas. ¿Cómo mentar un instinto por vía exclusiva del raciocinio? Es que te quedas verdaderamente en bragas. Mira hijo, la distancia, aquí, es un recurso, para que un beso, en este caso, llegue a un destino intangible, como a una estantería de la memoria.

Lo que os dije, en bragas totalmente.

Al poeta Antonio Luis Baena, cuando le preguntan cuánto hace de la muerte de su hijo, dice: ayer.

Yo, al pensar dónde vive mi hijo, siento que las tres calles más abajo es Nueva York. Y es que, cuando se echa el cerrojo después de cenar, te puedes sentir tan pobre como la madre de *Bodas de sangre*, tan sin un hijo que llevarte a la boca.

Los niños se afeitan... —qué bueno Pepe Hierro—. Las niñas se vistieron de blanco...

¡Todo es tan deprisa! Yo salí vestida de blanco. Recuerdo el olor a iglesia y el olor a éter, a clínica, a niño chico, a niños que no quieren comer, a fiebre, a susto, a jarabe. Crecen. No conseguí escribir en muchos años. Perdí todos los trenes, pero la poesía, que es un fugitivo arañazo, pasaba en el aroma del café y en el rito rumoroso de las tazas. En la cocina el hervor de las ollas. El niño chico enciende la luz del horno. Se ríe, hace palmitas y se deja abrazar por toda nuestra sangre. Por toda la expresión del grito añejo. De los inevitables ayes humildemente absueltos en la boca, para alejar el llanto de los niños y equipararse al agua, al pan, a la ternura.

No tuve tiempo de escribir. Apenas leía algo. Iba de Spinoza a Pascal. Hacía flanes de huevos y leche frita. Mi ordinaria nevera tenía sorpresas para

golosos. También, cómo no, había su migajita de arsénico para esa muerte por entregas que es la vida.

Mi Juan sabía escucharme. Y vais a permitirme mentarlo así, como las madres populares y rurales y la madre de Hamlet. En ese ofertorio de la entraña donde está la raíz del amor y del instinto. Mi Juan sabía escucharme. Se sentaba en un sillón o paseaba la estancia con un interminable cigarro. No fumes, Juan, el cáncer de pulmón. Y otra vulgaridad, mi Juan es las niñas de mis ojos y no está. Se ha ido como el niño de la flor de la champaca. Di tú hombrecito, dónde fuiste, que tu madre ha leído ya el Ramayana.

Él es feliz. Pero como la felicidad es un pájaro chico y endeblito que vuela muy corto, sé que sufre porque tiene el mismo hueco de mi corazón. No fumes, Juan —digo yo—, estés donde estés.

Y este piano bar de mi casa toca una partitura con demasiados silencios, para nosotros que nos acostumbramos al *allegro con motto* y al *vivace*. Se ha ido el mar y el campo. Porque antes, arriba de la playa, había una casa con los brazos abiertos. Y en Albaida estabais protegidos por la pared de la yedra, quedó escrito en papel kodak por el ojo de pez de la Nikon.

La yedra siempre protegió a mi familia. Alejarnos de ella fue tentar la suerte de lo indeseable.

Os hablé de la paciencia de las olas y ahora le alquilo al mar las dos habitaciones de mis hijos.

En fin. La verdad es que hay que vivir con la lanza de Longino puesta como si fuera una pincelada del Divino Morales.

El color de la sangre de las princesas

Quiero unirme con este libro a la solidaridad que necesita el mundo para una integración total. Quiero señalar —señalarnos— a todos los que, con la aceptación o la ignorancia, retienen —retenemos— “los carnés de dignidad” de los que habitan los palacios de la mugre.

R. D.

Hijos de un Dios mayor

Ellos hicieron posible el usar y tirar, el vaquero, la Metro, los ojos de Paul Newman. De Margarita Cansino, sacaron a Gilda desnudándose el brazo. De una miope, la mirada orgásmica de Marilyn. Del Séptimo de Caballería, el adiestramiento de los indios para que gatearan por Manhattan ejerciendo el funambulismo, y construyeran la escalera de Jacob y las torres de Babel. John Wayne puso los puños, Marlon Brando el rostro y Bogart el rubio americano. Habían salvado al soldado Ryan y echado a Nixon de la Casa Blanca.

Ellos, los de la silla eléctrica y los Oscar, los de William Wyler y el Bronx. Los que nos enseñaron la cinematografía de la guerra y el suicidio de Madame Butterfly. Los que hicieron rico a Rex Buttler y soberbia a Escarlata O'Hara. Los que vivían serenos y santos en su país de hierro.

A ellos les ha llegado el horror cuando los aviones volaron bajos, o sea, en ese vestíbulo sideral del emporio del dólar y sus complejidades. Y nosotros, los que jamás creímos en los héroes ni en la arrogancia. Los que hemos puesto la otra mejilla y estamos en el camino de la paciencia. Los que repudiamos el Ave César y el pulgar hacia debajo de Peter Ustinov, nos hemos remitido a esperar.

Las confabulaciones

Pasó por el color de la desesperanza que viene a ser la calle de los pobres. Se vistió como las vendedoras de *La farola*, con la falda larga, el anorak y los pelos indóciles.

Traspasó el puzle étnico de aquella Yugoslavia donde los vecinos tomaban el té y el mate, y compartían las pastas y las galletas caseras a la caída del sol.

Tuvo cuidado con el material destructivo, con el asco y las abominaciones.

Se olvidó de rezar a los dioses que tienen comercio con la carne y ponen ángeles con espadas en los libros sagrados para que así fracase todo intento de razonamiento.

Se cobijó en las miradas de los niños que no sabían cómo construirse la merienda, ni de qué estante pendería la vacuna contra la corrosiva enfermedad de la suciedad y el hambre.

Anduvo zigzagueando para que no la rozaran —en lo posible— las salpicaduras del odio: donde las infusiones y las tortas de harina sin fermentar, ahora las espoletas de las bombas, la sangre granate y seca de los que tomaron café juntos.

Bajó a las esquinas donde habita el pillaje, el tiro en la nuca y el miedo. Sí, sobre todo el miedo, que te hace delatar a tu vecino. Ese que escardaba la tierra y recolectaba en ella, o aquel otro que viajaba con maletín y coches requeteusados.

Los dioses vienen a tener alas. Todos planean hábilmente con los aviones, y abren sus panzas donde ordenadamente se encuentran confabuladas la tortura y la maledicencia.

—Pones el dedo en la llaga, lo haces bien, nena. Pero seguro que tú también entras en la estadística donde se hacen aportaciones para la compra de la nitroglicerina.

[Su sangre, os hablo de las princesas arruinadas...]

Su sangre, os hablo de las princesas arruinadas que soportan las esquinas de la ciudad. Esas que siguen el legado de los asesores de imagen de algún Amenofis, o tal vez de aquel Tarik que cruzó y descruzó el estrecho.

Os sigo hablando de las que han sido lamidas por las algas, fueron rechazadas por la muerte y condenadas a soportar a sus congéneres con un golpe de mar en los pulmones.

Las que soltaron las manos de los ahogados y están vacunadas contra el frío eterno.

Las que jugaron en otro idioma y dejaron una rebanada de corazón en cada una de sus madres.

Las asistidas por la miseria y por los virus de la desnutrición.

Esas que ven pasar la civilización de occidente, los pesos pesados de los lípidos y sus dietas hipercalóricas. Los quemados de gimnasio y piscina climatizada. La carne diseño: morro sensual y cirugía cinco tenedores.

Oh, sí, somos nosotros. Los de las catorce horas de trabajo, la cultura del ocio, escapatate, cliché y coseros y coleccionistas de ambiciones.

Nosotros, los del internet, la medicina preventiva, la macrobiótica y tantas puñetitas ecológicas que visten bien.

Los del saldo de fámulas venidas de allende del desastre.

Los que no dejamos de rezar a nuestro santo ángel que nos guarda, para que pasemos la aduana del siniestro ojo de la aguja. Y ojo, porque también llevamos en ellos un artesonado de madera ilustre.

Nosotros, que vemos espulgar contenedor por contenedor a los que padecen hambre y sed de justicia. Nosotros, que nos comemos sus derechos humanos y retenemos sus carnes de dignidad.

De esa sagrada dignidad de las princesas que aún sonríen. Que aún tienen los ojos como la caña de azúcar del ingenio y la inocencia virgen y primitiva de los reportajes aborígenes.

Pues bien. Sabremos que su sangre es del color de la obsidiana y todo se le vuelve obsidiana. Desde los palacios de mugre donde habitan hasta las fortalezas del odio. Con ellas afilan sus manos y acarician los frutos de sus vientres, porque de ellos saldrá la razonable dentellada de todos los desiertos.

[La cantaora había ejecutado unas seguiriyas...]

La cantaora había ejecutado unas seguiriyas de esas ortodoxas. Pero luego cantó a Neruda. Textos de Neruda que arracimaban muertos, túneles, guerras, catástrofes y caos.

La guitarra iba como evaporándose para dejar paso a un solo de violín en pizzicato, cuando las palabras, arrastradas por guantes de terciopelo, habían alejado los sonidos vibrantes de un desordenado piano.

Un armenio percusionista iba trayendo a la lluvia y a los sonidos de las charcas. Silbos de pájaros y resina copal y sorgo y mijo. La voz de África por áridas praderas golpeadas de sol. Las guturales advertencias de los leones, los saltos sin amaestrar de los felinos, el trajinar de los pueblos aborígenes.

Y así, la batería, anglosajonamente, abría brechas a los países fríos con una acústica estridente y geométrica partida a cachitos, que echando chispas veíamos arder y provocar a la caja que, ora el piano, ora el contrabajo, delectaban el metro de Nueva York y la ceguera de Tete Montolú cuando desafinado, salido de quicio como una insubordinación del pentagrama, se abrió el saxo.

Y el saxo rasga y raja y se nutre de nuestros interiores.

Cómo no recordar a Cortázar y a esas jóvenes que llegaban vírgenes a sus domicilios después de ser penetradas sin romperse ni mancharse.

Ahora el saxo gozaba de nosotros y nos hacía gozar. Nos perseguía por los poros. Andaba cosquilleándonos el cuello a lengüetazo limpio hasta que nos hicimos infinitos, nuevos, desnudos y santos.

Purificados ya por el fuego y la impudicia.

[Ah, también está la pobre desmontable...]

Ah, también está la pobre desmontable, esa que pintó Amalio para que fuera ubicada fácilmente. Por eso la hemos visto en las bocas del metro de París, en la Váci utca de Budapest, a la puerta de la Villa Borghese y a orillas del Moldava porque la pobre corre, viaja por Europa y su patria es el mundo.

Sale de la miseria de los países ricos, de los capitalismos y los proletariados.

Adorna las aceras su temblor de persona como la luz de un cuadro, como una indiferencia que no vieran los ojos.

[Nunca quería despertar del todo...]

Nunca quería despertar del todo, por lo que suponía que le crecieran pensamientos como cocodrilos que desde luego se hacían grandes para mordisquearla.

Pero no quería brindar con el televisor, para que esa persona de celuloide no se le hiciera mentira y entrara en el mundo de lo cotidiano, eso de los informativos que solo está al alcance de las ONG.

Esa mujer de los campos de refugiados, que llora sin fuerzas con todas sus entrañas, tiene una lágrima pendiente con ella, quizás las dos están sentadas a la sombra de un árbol de mercurio.

Olor a Rosa

Tú ibas creciendo por tu cuenta dentro de su pecho. Ella no quería. Ella nunca te dio vitaminas ni anabolizantes para que te hicieras del tamaño de Frankenstein.

Te digo que no quería. No te tenía apego. Pero echaste raíz como una liana, como una flor de cáncer para que no pudiera contigo su poquedad.

Ahora, en la hora de los sueños, la despiertas con un aldabonazo en esas vísceras que contaban con el beneficio de la luna y con el desenvolvimiento de las mareas.

Esas que han ido a parar a los estercoleros de los residuos clínicos. Pero insiste tu perseverancia que es tal y tan inamovible, como la de los pobres que se sientan a esperar su moneda.

Vienes de los paisajes de la muerte y viertes nombres extraños sobre las cinco menos cuarto de su madrugada. Le insinúas que te entregue los ojos porque es hora de Oficio de Viernes Santo, y pronuncias:

—*I' benedico il loco e' l tempo et l' ora.* Que es algo así como bendigo el lugar el tiempo y la hora.

[No sería mala cosa la de hacer el amor...]

No sería mala cosa la de hacer el amor como si te hubiera conocido ayer. Sin antigüedad, sin subsidio ni paro. Solo a destajo y con horas extras. Como cuando me dejaba el tiempo de comer en los papeles y al lado del teléfono, o iba devorando las calles muriéndome sin frío ni calor y el cariño filial se me fue a la deriva.

En aquella época que jugué a la ruleta rusa con el desconocimiento y empecé a molestar seriamente al ángel de la guarda con el mal bicho del deseo.

Claro, que aunque a Dios le pesara, qué otra cosa podías ser tú para mí sino mi ocupa, aunque tuviera que aguantarme con el sexo oral.

Sí, eso de hablar y hablar y hablar y, luego, ocuparme con malos pensamientos.

[Yo no vi que tuvieras las uñas de hojalata...]

Yo no vi que tuvieras las uñas de hojalata porque entonces no existía Eduardo Manostijeras.

Tampoco sabía que llevabas guardado en los ojos el artilugio que más tarde usó Sharon Stone para decapitar el hielo.

No, te digo que no sabía nada, solo que me mirabas con agujas y que me sujetabas con un gorila en cada brazo.

Seguro que no tenías maldad si respirabas, y yo tenía que bautizar al viento con los nombres de solano, levante, terral, siroco, ábrego...

No, te repito que no sabía nada.

Pero de verdad de verdad, lo que ahora no sé es dónde me he dejado mi deliciosa carne de gallina.

[¡Ah!, mi carne de gallina...]

¡Ah!, mi carne de gallina, esa que te pedía por favor que no le acercaras el aliento por el pelo. Que dejaras los labios en tu casa y fueras ecológico porque entonces yo creía en la electricidad.

[Ahora creerán que no he sido la chica de Batman...]

Ahora creerán que no he sido la chica de Batman. Yo, que pateé su inmensa ciudad gris con sus jodidos rascacielos bailando con el hombre de la sonrisa fatal.

A mí me van a suspender ahora del cómic. A mí, que bajé a vértigo por las azoteas con esa cosquilla de montaña rusa en la pelvis y el estómago a punto de una traición.

A mí, que me sé de memoria la oscuridad de sus alas, su garra roedora en mi cadera llevándome a las gárgolas y al beso ese a trescientos kilómetros por hora.

Anda y húrgame la herida, niña de poca fe.

Gata mamá

A mi madre

Error de cálculo

Quisiera pedir tregua a la palabra
y hacerme del silencio un armisticio.
Si es cerrarme la boca el sacrificio
lo acepto, no pedirme que la abra.

He labrado un babel, como quien labra
un muro o una cruz o un precipicio,
si discutí con Dios, él no me quiso
y anduve en la pezuña de la cabra.

Y he sangrado palabras por la boca,
y he matado palabras concebidas
y he puesto el verbo amar en la picota.

Traigo en la papeleta de la vida
un examen oral con mala nota,
ya veis, la asignatura suspendida.

La invitada

Qué hubiera sido de nosotros sin esta felina que ahora nos protege y nos pone a pensar, a traspasar la indiferencia y a darle contenido a la ternura que retrotrae las uñas y su momento de herida.

La gata va al lamido, a su pereza y a sus saltos, y la mañana es una fábrica de calor que ampara a las macetas y nos dota de eso que está ahí y se da y es bueno, y es más que bello porque siendo triste lo admite la alegría y es, diremos, un instante feliz.

La mujer tiene aquella voz de trapo de cuando niña y que ahora modula barruntando su alzhéimer, cuando olvida las pastillas del corazón y recuerda los pasos difíciles de los tacones y las paradas de los tranvías con lluvia resbaladiza, con el engranaje de la marcha transportando las miradas de los muchachos de posguerra, el runrún del hambre, los hombres que se llamaron rojos o los que volvieron al paso alegre de qué paz.

La niña es una niña con arrugas y mala circulación, un paso en falso, una imposibilidad perversa y un sofá y un culebrón y el amor de los famosos, la canalla esa con nombre de gandinga que ha puesto a navegar las vísceras de cintura para abajo, los ovarios, los clítoris, los penes, el puñado de euros que golpea a las puertas de los televisores y les habla a la vejez de bofetadas, de braguetazo y de puñaladita trapera con publicidad.

La niña de las arrugas lleva el hilo en el primer mandamiento de su condición y por eso le crece el encaje en las manos y se le vuelven flores los manteles. Hace pájaros y mariposas quietecitas que se olvidan de volar, y se quedan en la oscuridad de los cajones de esas nietas con prisa y ganas de no comer.

Ella que fue muchacha de blanco y mujer de luto y austeridades. Modosa Bernarda con hijas de ajuares y vainicas que a su lumbre miraron la escasez de la vida y su domingo de cal y cementerio.

Y sí, ella va y le habla a la gata con la misma voz y la misma palabra que se le quedó atrapada en las cunas; ah, y con ese ritmo que saben los que vienen andando por el desamor.

Contrición

Hoy he dejado de escribir. He aparcado el coche en el garaje y he cogido las bolsas, las llaves, el cansancio, el punto muerto y regreso a la casa a hurgar en la nevera y a proseguir aquella costumbre de guisar.

Me he dejado la vida detrás de las espaldas. Pulso la lumbre y soy feliz y lloro porque pico cebolla ya que apenas si encuentro otro motivo exacto que me haga llorar. Porque yo soy feliz, lo dice el calendario con mis hijos y un hombre que aún no sabe que soy vieja, y tú, mamá, que siempre me proteges con las mismas palabras y con la misma historia que te agredió la vida.

No, si yo soy muy feliz, siempre lo supe, y siempre que me he puesto a medirme contigo me has sacado cien años de ventajas en infelicidades. No, si ya sé que si lloro es por eso tan burdo de que me tengo lástima o que pico cebolla.

Ves tú, mamá, si parto los pimientos a pedacitos chicos y frío los tomates como palabras ácidas, acuchillo los ajos y decapito el pan, es por esa pertinaz contumacia de hacerme comestible, de servirme a la mesa así como si nada, por aquello sublime de tomad y comed todos de mí porque este es mi cuerpo:

Voy por mi cruz, mamá, es tan liviana, que apenas tengo que echar la yerbabuena para morir así todos los días.

Pretérito perfecto

Fui tu luna, mamá, viví tu cielo
de capuchas de lana y de ternura,
he salido anteayer de tu cintura
y tengo un hambre láctea, un amor lelo.

De tu espejo de ayer cayó mi pelo
y te ha dejado una mujer oscura
con la palabra en cruz, sin atadura
a ese ombligo ferviente de tu celo.

Soy la que soy, ya ves. De esa memoria
solo queda el recuerdo en la vitrina,
medallitas prendidas a la historia,

fotos, enseres, tiempo de cocina.
Estoy en mis infiernos, no en tu gloria,
y perdimos. Las dos tragamos quina.

*

Quina, mamá. Y herida que no cierra
del fuego del amor que amando hiere.
Del amor de ese amor de aquel que quiere
ganar amor en un frente de guerra.

Alto el fuego, saltemos las dos juntas
de este ataque mortal que nos devora.
¡Yo que he sido más dulce que la mora!
Y somos dulces, sí, pero difuntas.

Difuntas, sí, mamá, para esta vida
que queda por vivirnos vamos muertas
de tanto amor quizá. De tanta herida

se marchó el corazón por ambas puertas.
Dos amores, los dos a la deriva.
Dos palabras de más, ninguna acierta.

Igual que la muchacha sánscrita

Tuvo los ojos como esa muchacha que se sienta a la fiesta de su Dios, y mira a los jóvenes que bailan y que han venido a buscar posada en corazón de mujer.

Ella tuvo los ojos como el sueño. Como cuando el sueño remolonea entre las pestañas y se va haciendo humo, se sale de madre hacia las sienas y se pende en los árboles de alrededor y lo menean las hojas.

Por eso lo cogía el aire y lo llevaba a las cosas. Entraba en los tenderetes de las comidas, en los trozos de pollo que doraban con una pizca de grasa y miel. Entraba en el picor de la pimienta y el jengibre, en el culantro y en la soja.

No era de extrañar que aquellos que habían dejado el tambor, y sentían en las papilas el apetito por el olor que desprendían los guisos, mordieran su mirada de humo entre el humo y quedaran a la espera de que su mano se posara en alguno de sus hombros.

Mas no sucedía. Y la muchacha llegaba libre a su casa con los ojos de animalito vivo que improvisó su madre para ella.

Memoria

El traje aquel, mamá, era tan rojo,
tan sangrante como una alevosía,
lo conservo en la trama de los ojos
y en la tela del alma. Se diría

que eras como un regalo o un antojo
de los años cincuenta, una porfía
puesta en pie por la calle, ese manojo
que nadie lleva en flores a María.

Algo así como un surco en el paisaje,
era la herida abierta de ese traje
de junio y de sagrados corazones

dibujado en el medio del invierno.
Un traje tuyo de color de infierno.
Un grito levantado a los sermones.

San Pedro Mártir de Verona

Decía mi abuela que ese santo llevaba un cuchillo de plata en la cabeza que se lo había clavado su madre. Cosas del pueblo de mi abuela donde existían también los mantequeros: oficio de hombres que con niños fabricaban grasa comestible.

Ella no sabía nada de Caperucita, pero sí de los aullidos de los lobos cuando tenían hambre y venían a por las gallinas de los pobres, y las madres cerraban los portones de las casas llamando a sus hijos a la lumbre.

Sabía de la tormenta y de Santa Bárbara bendita. De los rayos que partían a los pastores, de las candilejas, de los pabilos de las mariposas y de los exvotos de plata.

Ella tenía mil cosas truculentas guardadas en su pecho de luto. En su pecho de susto donde yo reposé la cabeza para espantarme el miedo.

Desde el espejo

Siento una ligera sensación de vacío al mirarme al espejo.

Mi tía abuela Asunción Martínez me dejó la memoria y cierta gracia para el recitado.

Mi abuela Agustina, las artes culinarias y el crochet.

Mi abuela Ana, el miedo de caer por la escalera, o sea, el terror de morir como ella descalabrada en las losas de casa.

De la hermana menor de mi padre, la fobia por la tormenta y por los pájaros.

Ni los ojos ni el asma, en principio, son míos.

Envejezco como mamá, y en fin, en el espejo, pongo el aire.

Solo el aire que pasa.

La caja de carne de membrillo

En la caja de carne de membrillo hay una señora que encarga sus corsés a Pilar Lana, calle de San Voto número ocho en Zaragoza. Hay quien lee el Diario de Sevilla, periódico católico a dos cincuenta pesetas mensuales, y hay quien está suscrito a la Regeneración Nacional, a seis pesetas el trimestre. Quien usa Agua Nubiana para teñirse el pelo, porque en sus propiedades, cuenta que no mancha el cutis y conserva el cabello, (a veinte reales la caja).

Don Leopoldo Murga triunfa como histólogo. Mi abuela guarda Agua de Azahar en la despensa —que hasta yo tendré que probar— junto al legítimo chocolate de los Reverendos Padres Benedictinos, los azafates, las espabiladeras y los útiles de cocina de hierro batido y esmaltado.

Mi madre está en la caja de carne de membrillo en los retratos de Fotomatón, hablando por teléfono, maniobrando un timón o vendiendo huevos como la Fortunata. Yo estoy también. Todos hemos enterrado en la dichosa caja nuestra otra vida.

Tener paciencia

Tu bisabuelo ha pedido una caja de veinticuatro botellas de Marqués de Riscal a cincuenta pesetas al contado al recibo de la mercadería.

Tu bisabuela estrena máquina de coser Singer con lanzadera oscilante y bobina central.

El Banco Hipotecario de España, con un capital de cincuenta millones, da prestamos al cinco por ciento reembolsables en cincuenta años.

Tu abuela escribe postales a sus primas de Jaén bajo la lámpara de gas acetileno. La luz más hermosa, más brillante, más inofensiva y más barata del siglo.

No te impacientes, porque ya los míos han encargado unas lunas de Saint Gobain, y Pepe Gil le está dorando unos cuadros, pensando seriamente en lo del matrimonio.

Oración de niña de trece años

He de rezar a Dios doscientas veces
y he de decir tu nombre otras doscientas.
Doscientas oraciones en mis cuentas
y otras doscientas más si te apareces.

Doscientas veces, sí, doscientas veces
le ofrecí a Dios el precio de tu venta,
y Dios que solo sabe de sus cuentas
no me echó cuenta otras doscientas veces.

Pero yo te gané. En aquel juego
donde perdí una niña y perdí un padre
y dejé la inocencia para luego.

Doscientas veces le mentí a mi madre
y fui por ti como quien va por fuego:
sin Dios y sin el perro que te ladre.

Fabricación de la ternura

Si llega mamá, lo mejor lo mejor que hago es buscar a la gata. ¡Chilindrina, Lindra, Gatona, Abriguito de Pielés! ¿Dónde estás? Y subo a la azotea por si anda acechando a las avispas, o duerme, o se esconde entre las macetas, o se escapa escaleras abajo y, limpiamente, salta al techo de la capilla de la Esperancita sabiendo que allí no la puedo alcanzar. Entonces le digo ¡Baja, Gatona, que está aquí la abuela!

Y cuando buenamente se deja y le doy alcance, se la llevo a mamá y mamá la coge y le dice una letanía de palabras, le hace carantoñas, le acaricia la barriga, el cuellecito y se la sienta en el regazo.

Entonces mi madre se vuelve tierna y tiene una aureola de indefensa bondad que se busca el mejor sitio de mi corazón, y da con el recoveco donde guardo las lágrimas dulces que se hacen de amor y no de la experiencia de la vida.

Y empiezo a saber de la ternura de mi madre, y del acurrucamiento que me haría cuando yo estaba encaprichada en la riada de su leche. Y, pensando, le deshollino el alma. Comprendo la telaraña que la envolvió, su mundo triste, el raído argumento que le otorgó la historia y el ruin parapeto que construyen los que quieren ser fuertes para ocultar su debilidad, la cáscara hostil que cobija a la almendra...

Y todo se vuelve diáfano y misterioso a la vez, porque cuando ella no está, cojo a la gata, me la llevo a la cara, la beso y le digo gata mamá, y es curioso ¿cómo es que el animal me mira con los ojos grandes, verdes y humanos que tenía mi abuela?

Hiel de abeja

*A la memoria infantil
y a la voz que nos queda de cuando
fuimos inocentes*

Unidad interior, no falsa, quizá hasta más real por ser ulterior, por haber nacido en un momento de entusiasmo, descubierta entre fragmentos a los que no les falta más que juntarse; unidad que se ignoraba, luego es vital y no lógica, unidad que no ha proscrito la variedad, que no ha enfriado la ejecución.

Marcel Proust

Azotea

Es ladrona de luz.

Por eso tiene tanta,
porque la roba,
la almacena y la guarda
como una avariciosa.

Desde que por oriente se destaca
la claridad del sol, que va royendo
la catedral y el cuerpo de campanas,
hasta que por poniente se acuesta en Roma
echándose en Itálica,
va apilando la luz a todas horas.
La esconde y la remete por las plantas
donde tienen su claustro las babosas.

Penetra en una exacta
disección quirúrgica
hasta hollar la fangosa
rebaba que hace el agua.

Es ladrona de luz esta azotea.
Pero como sabréis, la luz es santa.

La caja de lápices Alpinos

Olía a cuatro esquinas,
a saltar a la cuerda,
a figuras inmóviles,
a gallinita ciega.

A talladas dalmáticas
de monagos de viejas,
a luto y a convento,
a copla de posguerra.

Y también a ese anillo
sin amor y sin fecha,
de aguamarina y nada
en mano de soltera.

A cosas de familias.
A ese *réquiem ætérnam*
con el medio tacón
de tardes de novenas.

Olía como huelen
las vitrinas abiertas,
los velos, los misales
o los trajes de fiestas

enterrados en arcas.
O las cartas secretas
con los besos de tinta
en papel de ida y vuelta.

A las barras de labios
de mi madre,
a “Maderas de Oriente”
a “Dos gardenias”.

La bata larga

Fui pintando en mis ojos
aquella bata larga
con fondo crudo
y con las flores claras,
que cuando hacía faena
en las macetas, usaba.

Atisbando la presa,
los bretones ladraban
y a las casacas rojas
de los perseguidores
del zorro, llegaba
el sonido del cuerno
alertando
a los perdigueros
que corrían por su espalda.
Atravesando el muslo,
resbalaba
en perpendicular con su cadera
un arroyo de agua.

Daba igual si era invierno,
verano o primavera. Daba
igual si acaso era el otoño
cuando se almacenaba
el mantillo. Para mí
era lo mismo si pasaba
detrás de los helechos,
o si refunfuñaba
en una habitación
con la criada.

Daba igual. Porque nunca sabré
si las hadas
iban por el paisaje de la tela
y estaban escondidas en sus mangas.

Ya no diré su nombre.
Pero su nombre andaba
conformando mi entorno,
mi vida; la pisada
de esos primeros años
que comencé a nadar en las palabras.

Descubrir la guerra

Seis años, dulces, seis años dulces,
poblados ya de pútrida enseñanza.
A. Costafreda

Otro descubrimiento fue la guerra,
porque guardaba miles de secretos
que estaba prohibido repetirlos
en las conversaciones del colegio.
Algo de vida o muerte o de ir
a la cárcel por lo menos.

Supimos, que los “rojos”
ni eran colorados ni perversos,
sino personas con otras ideas
que fusilaban en los cementerios
los de “Falange”, que en nada tenía
que ver esa palabra con los huesos
y sí con “los camisas viejas”, que tampoco
eran viejas, pero tenían en el pecho
un yugo y siete flechas, y cantaban
el “Cara al sol” y otros himnos siniestros
como “El novio de la muerte”:
que sonaba al compás y al son del miedo.

Los “rojos”, con otros uniformes,
también cantando coplas de otros versos,
y también fusilaban a los otros
como si todo fuera un mismo juego.
Y así, regodeándose en voz baja
le subían los enigmas al silencio
y para rematarlo y concluirlo
cuando hablaban las monjas de estos hechos,
contaban lo que hacían los masones
para hacer en sus logias sacrilegios
con las Sagradas Formas.
¡Qué misterio...!
Porque mi abuela se indignaba
y decía que aquello no era cierto,
y acababa explicando que mi abuelo
era masón, y jamás hizo eso
porque era el hombre más inteligente,
más honrado y más bueno
que existía en la tierra.

Después, ya con el tiempo
vino el rey de los Hunos, pero ese

era menos cruento.

Breviario de silencio

Cruzó los vericuetos
de la cárcel. Ella sabía
que ni aun apelando a los sagrados
vínculos de familia,
nadie daría la cara
por un hombre de ideas y en desdicha.

Por eso anduvo el pasillo del año treintaiséis.
Por eso dicen que le salvó la vida
al masón. Que le quitó la bala de la frente
gracias a que tenía
buena mano
con la gente de arriba,
y tuvo mucha fe
y siempre rezó mucho. Diga
lo que se diga la fe mueve montañas.

Pero antes de concesiones a la mística
se quiso cerciorar aquí en la tierra
de cuestiones precisas.

—Le llegó la noticia del indulto
justo al tiempo que alguien
le iba desabrochando la camisa.

Heterodoxia

Has abierto la puerta de mi casa,
lo sé, te presiento.
Porque aunque tú no avisas
ni llamas por teléfono,
te dignas a llegarte
y acaricias mi pecho
como cuando era niña y te sentía
debajo de la ropa del colegio.

Me dispones las manos.
Me endulzas el aliento.
Te apropias de mis noches.
Te acuestas en mis sueños
y me cuentas las lágrimas
que tuve. Tengo
que conocerte, amiga,
tu hoyo está en mi lecho
y te estoy esperando
siempre. No quiero
ni pensarlo qué sería de mí
si me arrojaras de tu cielo.
Mucho mejor morirse
que vivir para verlo.

Quedarme sin la gracia
que envuelve tu misterio
y sentir ordenados
todos mis sentimientos
con mi alma en mi almario,
mi yo en mi esqueleto,
mis papeles en blanco,
mis peines por mis pelos.

Saber que ya no entras
en mi sujetador ni en mis chalecos.
Que no usas el lápiz de mis ojos
ni gritas mis secretos
ni te pintas los labios
delante de mi espejo.

Pensarlo es el suicidio de volar
y estrellarse en el suelo:
Poesía sin Pecado Original,
Arca de mi Alianza, *Kýrie eléison*.

Los campos de Dios

[Fragmento 1]

... escribo desde el grito del mar que ha sido río,
charco y llanto de las madres, desde el acontecer que va en lo sucesivo
al infinito de todos los relevos.

Así, la vida entre la vida hace ruido para espantar a la muerte
y vengarse de su hierático silencio: por eso un niño llora.

Antes, las madres hemos puesto jadeos guturales por las alcobas,
por las salas de los hospitales, por los tinglados que habilita la tierra
para que, por debajo de las estrellas, el río amniótico corra tropezando
con el sonido animal del dolor abierto a la esperanza.

Una mujer organiza el milagro en su vientre
y denuncia con su índice a los bandidos y a los generales
que arruinan las casas con sangre de niño.

Niño mío también. Niño mío como todos los niños,
como todos los perros, los gatos, las violetas.
Las flores que se llaman como las llama el pueblo
y no subieron a la convocatoria de los diccionarios,
sino que se quedaron entre los labios para ser mentadas
como remolinitos del diablo, el manto de la virgen
o los zarcillos de la reina; mío como la luz, la materia y el cosmos.

Míos
como para nacerme otros ojos en el agua
y otro corazón inoxidable con el que abordar los túneles,
los puentes, las manos de los vivos, los gritos de los muertos.

¿Y tú, serás del agua? ¿Has habitado el pez y el oleaje y duermes en el
limo? Serás, quizás ya seas totalmente de agua.
Pero di, di cómo será tuya esta mansa ternura que te bebe.
Que comulga contigo para que no te olvides de guardarle un trozo de
violencia
en esta hora que es la hora de nuestra muerte amen en una calle, en un
ascensor, en una mendicidad. Esta hora
que también es la hora de la que duerme con su enemigo
bajo la fase de la luna de hiel y va a tener lugar su asesinato.
Esta hora de las marcas, los metros, los coches, los buses y los trenes.
Los formulismos, las esperas y los miles de octanos.
La hora de los privilegiados seres
que siguen convidados al plasma que dan las oficinas,
a sus ventanillas de siempre y a los que siempre soportarán sus colas:
la cruel puntualidad de sus horarios y pautas para muertos.

¿Serás solo del agua, o vienes de la prisa y la publicidad,
de la *beautiful people*, de las voces de los *brokers* de *Wall Street*,
de las complejidades de la banca, de tantos etcéteras
donde por una de mis iniquidades yo también estaré?

¿Sales de los que votan a favor de la pena de muerte?
¿De los que promueven la colina de la hamburguesa?
¿O de los que simplemente aceptamos la orgía imparable del consumo?

¿Ves cómo un delincuente y miles de delincuentes
se desplazan en coches de policías
mientras que las limusinas salen ilesas de cada Chinatown,
o esperas las manos de la otra mitad del mundo para que nunca esté más
cerca la distancia ni más trezado el grito?

Entonces fui y yo también grité; dije que la felicidad no era precisa
ni siquiera deseable siendo poseedora del amor,
la energía, el sexo y la rabia con la que puedes comenzar
y acometer un mundo.

[Fragmento 2]

... qué hermoso calor siento debajo de este harapo.
De este poncho que me lleva al infierno o a la patria del frío.

Me pongo el chal y un *Boeing* me enseña aquel celeste
de la leche glaciaria. Los blancos terraplenes que se hicieron
con las contradicciones atmosféricas. Con las congelaciones
y el vacío del aire. Con la neviza y sus arterias habitadas de sangre azul.

Me pongo el chal y acude una cerveza y un bar. La tarta, el aguardiente,
la habitación de hotel con vistas a otras vidas, al enredo
que las flores proyectan cuando quieren mirar por las ventanas.

Me pongo el chal y saco conclusiones
de que toda respuesta está en el viento. Y es él
el que se para en los bosques de *lengas* con cuarenta rugientes
y cuarenta ululantes y se une al sonido y a la voz de Bob Dylan.

El chal es una manta de insectos. Un camino de irás sin regresar.
Caliente con estado de atropina que avanza por el sueño
a los escalafones menores de la muerte. Lana,
es lana y su tibieza es una manada de borregos y un esquiladero.
La pericia de oficio de un goteo salarial.
Son muchos los balidos que topan en mis hombros
y muchísimas manos las que hicieron esta labor. Preciosa labor
hecha al olor montuno de la cocina menestral
o en la esquina con sol y abuelas arrugadas,
con nietas en racimo haciendo punto bobo.

Así, si pongo en este hombro el rosetón turquesa,
si en el otro el granate y sobre el brazo me deslizo
los tonos de las tierras, salta el amarillo voceo de los hombres del cuero
con los domingos de muchachas felices
que se peinan las unas a las otras y lucen lindas.

Este chal que me abriga y me cubre los hombros
qué extraña sensación tiene como de niebla, como de lluvia,
como de todo el pellejo y el latido de las manos usadas.

[Fragmento 3]

Conviví con las alas de todos los insectos.
Resistí la mirada de todos los lagartos. Tuve las manos blandas con el mijo
y enhebré la paciencia de las razas que esperan y aprenden el calor.

Y aprendí en una azotea incendiada
a la hora en que el sol se adentra en la carne como asta de toro
que, sin compasión, viene con el viento de levante.

Estuve con la temperatura de las flores y del café
mientras que una gata comía pienso,
y saltaba sobre los ladrillos el salto felino que sabe de su sangre
y que heredó de sus parientes grandes y corpulentos.

Me vacuné de fiebre amarilla, me traté contra la malaria,
le perdí el combate a los mosquitos, me abrí paso entre los herreros de
Mopti
y entré en el gran suburbio que es Bamako, rozándome por las mercancías.

Así guardé silencio en hora de oración,
cuando se ponían en movimiento las teteras con sus pobres chorros de agua
en ese goteo oferente que se desliza por los codos, por las orejas;
por la ablución y el colutorio que demanda la convocatoria de Alá.

Y allí las muchachas son altas y extremadamente hermosas.
Y con los glúteos alzados y estrechas las caderas,
van en el aire amarillo con el cargamento en la cabeza
y los niños dormidos en las espaldas.

Las ves vía Burkina Faso,
en el mercado de Djenne,
en los tenderetes y las casas de adobe de la arquitectura sudanesa.

Los ríos son sagrados por el uso que se hace de ellos: el Níger lo es.
Y lo de menos son las pinazas que van o vienen
cuando las deja el *harmattan*. Lo esencial es la amistad del agua
con los cuerpos, con el ganado, con las bicicletas,
con las lavanderas semidesnudas que voltean las ropas al sol
y, a pesar del Corán, el animismo le sale de dentro
por los pechos desnudos y las sonrisas castas.

He subido al pasadizo de la roca que llega a los dogones.
¡Ah, los caminos del mundo!
Por el Sahel, en una tarde color de aceite y flama dorada,
con todos los insectos y toda la paciencia
hasta llegar al lado mismo de la mezquita de Djinguereiber
que, el granadino es-Saheli, levantara.

Ahí están las formas añidadas de Gaudí,
salidas de la frontera de Sierra Nevada en mil trescientos y pico.

Antes que la sangre de mis antepasados soñara con Al Ándalus,
muchos andalusíes emigraron. Unos con sus lágrimas
y sus madres inoportunas. Otros, prefiriendo ser camelleros en África
que porqueros en Castilla.

Ahora, cuando Europa ha perdido la inocencia y
algunas cosas más,
hay hombres negros descendientes de Alí ben Ziyad que los consideran
blancos en su país,
porque de blancos es la trayectoria de su sangre hispanogoda.
Sangre que mezclaron en las tierras sin fronteras del desierto,
donde el viento instruye a las caravanas y los kilómetros se ajustan por días
de camello.

Con los pies se escribió el Tarik el-Fettach.

[Fragmento 4]

Ahí la vida es lenta como el opio
y como el tiempo de la infancia, quizás no poseo
la memoria frontal y, por lo tanto, olvido lo inmediato
y no sé a qué me dedico. Pero es mío el brazo desnudo,
el trozo de falda y el sentimiento de asir.

La mano que tomo es poderosa
y pende de un brazo donde a veces, en su hombro,
he sacado a reposar la cabeza.
En esa palma toco el instinto de conquista,
el vuelo primario y la rapidez de reflejos.

-Por la morfología del pulgar sube un lagarto,
por el índice una culebra, un sapo por el corazón
y una tortuga por el meñique;
mientras que en el anular, donde la alianza y la promesa:
una serpiente devora a otra serpiente.

Nadie me salvará. Deletreo razonamientos molestos.
Juicios que se hincan como alfileres. Verdades desabridas como la hiel.

¿Cómo diré ahora que nuestro amor no tenía principio ni fin?
Que era un amor de pobres comidos de deseos para, luego,
ser este error cotidiano que te desplaza dos cuadras más hacia la desgracia.

-El carácter es el ejecutor del destino
y habrá que buscar acuerdos para el desacuerdo,
o seremos dos cuchillos más avanzando para habitar la casa del corazón.

Seguramente, Séneca debería repetir aquello de:

—*La mujer es buena*
cuando abiertamente parece lo contrario.

Pero me golpeó el Silencio.
Esa fue la señal donde los sueños se hacen pesadillas.

Y fue como andar por un precipicio.
Como si toda la geometría y el imperio de los colores
se desprendieran hacia el abismo conmigo dentro
y llegara a los campos de Dios, éstos que solamente se miran
con las pupilas dilatadas por el propio miedo.

Fue como el desconcierto de tener entre las manos
la muerte resbaladiza de las truchas.
Como cuando nada te responde y vas de vértigo en vértigo,

saltando los pretilos de los rascacielos con la boca de alguien repitiendo:
lo que existe no puede ser verdad,
mientras otra lo rubrica con las palabras: *para siempre*.

Así es el horror que acelera en el espacio mi mano abierta
a los caminos de las serpientes, los lagartos y las lentísimas tortugas.
Así cuando llamo en la puerta del grito y este no abre jamás mi laringe.
Así cuando todos los cuerpos tienen espinas y cuando, además,
ya no están los cuerpos ni las espinas, solo el vacío del azul me ampara
y por él me escurro en el peor de mis experimentos.

¿Y qué es el cuerpo? ¿Este campo de actividad es el cuerpo?

[Fragmento 5]

¡Ah, las palabras!

Ésas que pueden *expresar lo imposible*, según Confucio,
y las que aún faltan para desentrañar el magma de la vida.

Las que construyen o derriban las casas del amor
poniendo los mensajes de los ojos en los oídos
y dando vida a lo que hace pensar.

Las que se adquieren
y se guardan en el complejo neuronal para que se entiendan las ideas,
para que traduzcan la necesidad imperiosa de los amantes
y sus apetitos sentidos como vaharada de calor.

Fui conquistándolas, las manejo, las utilizo
y llego a los flancos de las que son como los dioses:
tiranas y justísimas, infinitas y amorfas,
que llegan donde no llega el pensamiento y así se justifican.
Lo mismo conforman la metafísica
y los valores con los que se mastica la fe,
como las armas que afilan los políticos para derrotar a los contrarios.
Para pavonear desde los atriles de los Parlamentos
con castillos de humo que no pueden cumplir.

Las que dicen, desdicen, ilusionan, engañan, utilizan, normatizan,
dan vigencia y acribillan con ellas los pósteres electorales.

Las que asonrisan y estupidizan. Las que manipulan e imprentan
y, solo a veces, las llenan de júbilo en los expedientes de los ministerios.

¡Ah las palabras que acarician a los perros echados
y que ellos olfatean! Las detectan. Accionan las orejas
y las agradecen porque las sienten instintivamente
como restos de amor que se les lanza.

Palabras para los felinos. Los que no se apaciguan en los brazos
y buscan a zarpazos la libertad, pero que las comprenden
y te devuelven el gesto de su amor con una mirada oblicua
en el preámbulo del salto de su huida.

Palabras para arrebuja a la ternura, para las onomatopeyas
que forman el sonido de la risa del niño.

Palabras farmacéuticas para el dolor y agitadoras palabras
que movieron los corredores de las minas y el vaivén de las máquinas.

Las de la pasión que nos cierran la boca y suben a la mordida de los besos.

Y ¿cómo no traer el combate procaz de las palabras;
la destrucción que origina el lanzamiento de sus dardos;
su guerra entre los dientes, entre los bisbiseos,
entre la sonrisa con sustantivos de alfileres
que buscan el acerico del corazón?

Esas astifinas que cornean hasta dar con el recoveco de las alusiones.
Las que apuntan a las doctrinas que fueron amasadas
con pan y esfuerzos en los talleres rudimentarios de los humildes.
Esas que se ven golpeadas por sus congéneres corpulentas, engoladas,
grandilocuentes, documentadas, fascinantes e imposibles.

Palabras floretes que gesticulan el arte de la esgrima.
Palabras cobras que languatizan. Que berbiquean
la saga de la sentimentalidad. Que venenizan
y levantan farallones de ira. Que sacan los cuchillos de la violencia.
Que maniquean y radicalizan los hechos, las actitudes.

Palabras que levantan muros.
Gelatinosas palabras que se esparcen como plaga
y deshacen las recolecciones del amor.
Que fusilan y paralizan los abrazos
porque van cargadas de munición competente.
Escupen bosta. Se visten de uniforme.
Llevan correajes y máuseres.
Proyectiles atómicos con la normativa de no escuchar,
sino de ser solamente yoísmo y arte del monólogo.

Así zahieren los diferentes estatus del recuerdo.
Esos que memorizábamos en los altares primarios de la existencia
cuando el zumbido de las alas y el aviso paladial:
cuando éramos inquilinos del silencio...

Esperando a Grenouille

[Inédito]

Preludio para invierno

Hay una guerra fría en esta casa
que ha entibiado el café. Que a bajo cero
mantiene un edredón. Que en la argamasa
ha infiltrado un glaciar y un avispero.

La tundra en el sofá y el cierzo arrasa
tuero, cenizas, brasas y brasero,
y el hombre de las nieves, cuando pasa
deja un oso polar en el ropero.

Y no encuentro el calor ni en los veranos.
Llueve en mi corazón. No hay quien soporte
ni el silencio del hielo ni este frío.

Ya no siento los labios ni las manos,
pues me he tragado todo el polo norte
sin rechistar y sin decir ni pío.

[Qué lejos yo de esa mujer]

Qué lejos yo de esa mujer
que anda con sus hijas y sus nueras,
levanta la yurta, masculla mantras
y gira una rueda de oración.

Convive con sus animales, seca
el estiércol y lo transforma en fuego,
ve llegar a sus hombres y aquilata
la sal y las legumbres.

Qué santas sus manos entre los cacharros y los nietos.
Qué grande el magisterio que en su clan ejerce
mientras yo subo por las escaleras
esperando a Grenouille
y perseguida por todos los seres de Arcimboldo:
palabras, libros, labios como frutas terribles.

Qué lejos yo de esa mujer que anda.

[En la modosa chaqueta de garras de astracán]

En la modosa chaqueta de garras de astracán,
la mano abominable y otra humedad resbala.
Es intestino, mierda y hueso de tuétano.
La otra paciencia de otra mujer que labra su bocado,
me ofrece una prenda para subsistir y yo la acepto.

La acepto y me llevo con ella, el vientre abierto de la oveja,
el final de sus ojos que no vi y los balidos
que no aprendieron sus crías.
Me llevo la palabra de Bakunin,
la casa de Natacha en tiempos de paz,
la vía ferroviaria que enfrentó a Vronsky con Ana Karenina.
El reservado aquel, donde Larisa Fiodorovna
mide su inexperiencia y la de su novio púber
con la concupiscencia de Víctor Komarovsky.

Por eso siento venir una troika.

[Voy del Moscova al Neva]

Voy del Moscova al Neva.
Bajo las noches blancas y sobre el agua oscura,
por las esclusas de los canales del Báltico
y por sus lagos voy.

Pushkin escribe sin encender su lámpara
y un “jinete de bronce”
ha comenzado a perseguir a un loco.

Qué horror la calle que viven los poemas
con *La reina de picas* y Oneguin,
con *La nariz* de Gógol y su vida social,
con la sangre de la prestamista de Raskolnikov.

Lenin en Suiza
y a punto la Revolución del 17,
esa que habría de llegar a las actuales limusinas
de la avenida Nevski, a la santificación de Nicolás II
y a las chucherías de Dior.

Parece que ya están lejos las iglesias de abedul,
el gesto humilde de la mujer
que enciende su vela en el iconostasio
y va a su casa y vigila el samovar,
pone al nieto en el echadero
y le cuenta a donde fueron *Las aves siniestras*
y por qué tiene patas de gallina
la vivienda de la bruja Yagá...

[Y recuerdo a los ancianos esteparios]

Y recuerdo a los ancianos esteparios,
los que se sentaron a esperar la llegada
del lobo y su dentellada piadosa.
Los que vieron alejarse a sus hijos.
Los que supieron que solo les quedaban
sus orines y sus defecaciones
porque *la muerte es un asunto solitario*.

Estepas, largas estepas con pasillos infames,
con ascensores y sonrisas uniformadas,
con rostros desconocidos,
con espacios que lindan con el moribundeo
y los crematorios.

Pobres matronas y pobres patriarcas
que buscan compañía cuando la muerte es un asunto solitario.

Tan solitario y tan íntimo
que te acompaña a la esquina del sol
y al inquietante beso de los hijos, el beso
que ha perdido grosor y saliva de humanidad.

Esa humanidad que se disipa en torno a las hipotecas,
y donde el banquero mayor de todos los reinos
y todas las repúblicas, es tan avaro
como el que vive en el cuento de Mary Poppins
y así no hay quien pueda desperdiciar
un cachito de tiempo para el amor,
y morirse viene a ser un asunto solitario.

[Y con sangre fría]

Y con sangre fría,
digo que los viejos cínicos son inofensivos
y acaban siendo poéticos como Mercurio,
describiendo el carruaje de la bruja Mab
y riéndose de la puñalada trapera que lleva en el corazón.

Nocivos nocivos son los neocínicos que se presentan a las elecciones
y nos envían sus calculadas retóricas desde que nos sentamos a desayunar:
así desordenan la política de la ética y la ética de la política.

Recuerdo *La murga de los currelantes* y la *Libertad sin ira*,
al que hablaba en anáforas: “puedo prometer y prometo”,
y a quien repetía “por consiguiente” mirando a Willy Brandt.

Recuerdo a quien pidió “café para todos”
mientras que se estaba Alberti en el Congreso, y Juan de Mairena,
desde el banco azul, le ocultaba a don Antonio, *el Bueno*,
sus *gotas de sangre jacobina*.

Fue
cuando un “tierno profesor” después de su subasta,
acuño una frase con mucho porvenir:

“Las promesas se hacen para no ser cumplidas”,
y ahora nos oprimen hasta la saciedad o hasta el suicidio.

Yo aposté por la murga de los currelantes
y la libertad sin ira, pero los niños ya habían dejado
de hablarnos de usted. Qué arte, tú...

[Por eso voy a cerrar los ojos, para moverme]

Por eso voy a cerrar los ojos, para moverme
por *El jardín de las flores curiosas*
donde mi niña crece en un campo de sol.

Yo me he quedado afuera con el muchacho que mira
por el obturador, y hemos arraigado en la tierra
y somos también dos flores curiosas que no saben
moverse de donde están y ya es de noche
y vienen los gorgojos, las aves vegetales de Magritte,
las caras de la luna, la cuchilla de la cosechadora,
el fuego, el tiempo del barbecho y no pueden quitarse
la erosión que los mineraliza y los lleva a Rodin
para un abrazo impiamente eterno.